

Juan Antonio Frías Ugarte

Miradas

*Una ayuda oracional
para la Profesión Solemne*



Ediciones Calasancias - Madrid/Roma 2007

Colección Cuadernos

30

Miradas

*Una ayuda oracional
para la Profesión Solemne*

© Publicaciones ICCE

ISBN: 978-84-7278-349-2

D. L.: M-19434-2007

Fotomecánica: Dextra Graphic

Impresión: Gráficas Tetuán

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo.....	7
Presentación.....	11
PARTE PRIMERA.....	13
Miradas I	15
La llamada. Ven y Sígueme.....	19
La respuesta. Aquí estoy, Señor.....	25
Compartir. Vivir en Cristo	31
Compartir. Anunciar el Reino.....	35
Tú eres mi Señor	41
En ti, las fuentes de mi vida	45
Discípulos de la zarza ardiente	51
En ti estoy reconciliado	57
Tú, mi sabiduría	63
El camino. Modos y maneras	69

PARTE SEGUNDA	75
Miradas II	77
Seducidos por el Dios pequeño de los niños pobres	79
Hacerse como un niño	85
Comunidad: Gracia y proyecto.....	91
Testigos de este mundo	97
Tú eres mi heredad	103
Compartir con los pobres.....	109
Tú eres mi amado	115
En ti, mi fecundidad	121
Tu voluntad es mi delicia	127
Tu voluntad nos reúne y envía	131

PRÓLOGO

“Un trabajo orante”, define su autor a este escrito. Ejercicio espiritual, por lo tanto. Con una finalidad concreta: prepararse a la Profesión solemne en la Orden de las Escuelas Pías. Profesar “de solemnes” es dar el paso definitivo en la vida de consagración religiosa. Es una opción de vida para siempre. Gesto imborrable de amor con el horizonte más amplio que pueda darse: Dios y el mundo, *pasión por Dios y pasión por la humanidad*. Dejar marcada la vida por el signo de la fidelidad sin límite. Asumir la huella de amor que Dios pone en cada uno cuando llama a seguirle, como en el caso de los apóstoles, “para estar con él”.

Hacer la Profesión solemne es un momento importante en la vida. Hay que prepararse para ello. Los años previos de formación inicial a la vida religiosa, los últimos con renovación anual de los votos religiosos, son la preparación progresiva y remota a la Profesión solemne. La densidad experiencial del hecho requiere, además, una preparación inmediata. Las Constituciones de la Orden lo indican con claridad al que va a profesar o emitir sus votos solemnes: “haga entonces la profesión solemne, precedida de un tiempo de retiro y oración” (C 116). Las Reglas, que son una explicación más detallada de las Constituciones, describen así la preparación requerida a la profesión solemne: “Antes de la profesión solemne, los candidatos dediquen un tiempo bastante amplio, a una preparación especial. Durante ese tiempo, en retiro y oración, dispónganse a su consagración perpetua al Señor.

Los ejercicios espirituales de preparación inmediata han de durar al menos ocho días íntegros" (R 199).

"Con retiro y oración" viene indicado el modo de preparación inmediata a la Profesión solemne. Mejor, si se consigue incluso físicamente. Muchas veces no podrá ser. En estos casos va bien tomarse "un desierto espiritual" donde en soledad cruzar miradas orantes con el buscado y amado. El libro es una ayuda oracional para este encuentro. Ofrece veinte temas en dos bloques de diez; cada bloque está encabezado por una recomendación introductiva y la metodología de uso. La primera parte es vocacional; la segunda, en cambio, está centrada en los votos religiosos y en el camino específico escolapio: "seducidos por el Dios pequeño en los niños pobres".

El libro no es una colección de fórmulas oracionales, como podría pensarse. Lo advierte el autor para no caer en engaño. El libro es sobre todo una ayuda al encuentro, porque la oración es sobre todo esto: encuentro, estar juntos dialogando o sencillamente, cuando las palabras sobran, sintiendo; sintiendo la presencia de Dios en uno mismo, sintiendo la cercanía entre el "amigo del alma" y el discípulo o llamado. Este modo de concebir el libro explica el título "miradas". Miradas entrecruzadas en relación de amistad; miradas que van intercalándose desde el mirarse a sí mismo hasta el alzar la mirada a Dios, olvidándose de sí; miradas de ensimismamiento o miradas a imágenes representativas, ya sean de la naturaleza como del ingenio artístico del hombre: la imagen, por ejemplo, del crucificado. "Muéveme, Señor, el verte en esa cruz escarnecido". Se sugieren miradas al Dios que se deleita en el "humilde y abatido" (Is. 66, 2). No para hundirlo en su insignificancia reconocida sino para levantarlo y pedirle, desde la libertad, una alianza de amor compartido.

Recorre todo el libro una riquísima y amplia vena poética y bíblica: hermosura de la palabra humana, eco de la hermosura suprema de la Palabra divina. Es la belleza contemplada la que hace fijar la mirada, sin medida de tiempo ni de espacio, encendiendo así la llama del amor.

El autor posee una larga experiencia de años como maestro de novicios a la vida consagrada. Sigue, por ello, un modo de acompañamiento a través de las páginas del libro. Son páginas nacidas de la experiencia vivida, de ser testigo directo de cómo unas personas han ido aprendiendo a amar a Dios hasta consagrarle su vida; personas que dejaron conducir sus miradas hacia quien puede colmar de amor el corazón humano, de tal manera que ya no necesita de otras bellezas para estar saciado.

Tú, que quieres definitivamente profesar vida religiosa en el camino escolapio, toma el libro, desliza tu vista por sus páginas y deja conducir tus miradas hacia quien viene a tu encuentro para establecer una alianza de amor perpetuo. Él es fiel en su respuesta a los balbuceos de tu primer amor; él es capaz también de llevar a término la buena obra que comenzó en ti. Que tu mirada y la suya se encuentren para sellar el pacto del Amor. Tu sola preocupación será el responder a él.

Va mi felicitación y mi agradecimiento al autor. Dice que lo preparó para los hermanos. Quienes lo usen lo agradecerán. Personalmente me atrevo a agradecerlo en nombre de todos. Quienes lo utilicen van a descubrir en este libro muchas razones para motivar el amor, los indicadores precisos para saber dónde colocar la mirada en busca del Amado, el sosiego del alma por encontrar a quien buscaba.

La Profesión solemne no es, al fin, otra cosa que dejar fija la mirada en el hermoso rostro del Amado. Su resultado y reto permanente en el futuro de cada día será la *pasión por Dios y por la humanidad*. El escolapio, a la escuela de su maestro y fundador San José de Calasanz, vive apasionado por ese Dios, a quien Jesucristo manifestó, como el “Dios pequeño de los niños, pequeños y pobres”.

*Jesús María Lecea, Sch. P.
Superior General de los Escolapios*

Presentación

Con este trabajo titulado MIRADAS he querido ofrecer una pequeña ayuda oracional para la Profesión Solemne. Las diversas hojas, es bueno tenerlo presente, no son oraciones, ni siquiera guiones para hacer una oración personal. Han sido pensadas como apoyos, pequeñas miradas a aspectos de nuestra vida y a la Biblia, que nos puedan disponer al acto de oración, nada más. Buscan, pues, el acercarnos a ese momento de relación con Dios (no olvidemos que la oración es encuentro) y dejarnos ahí, a solas con quien sabemos nos ama, que es lo que importa.

Por tanto, uno puede aprovechar estas hojas de diversas maneras. Puede ser a veces mediante una lectura seguida, o de forma pausada, o desde un texto que a uno le llama la atención; en fin, cada uno debe ver cómo las trabaja. Sí que me parece, que son demasiado concentradas como para que se agoten en un día; personalmente las trabajaría en un ritmo semanal. Lo importante es que no sea apenas una lectura, porque no es cuestión de leer, sino de encuentro. Los ojos pasan, la mirada es la que permanece y con ella nosotros expresamos lo que con las palabras no conseguimos decir. Como nos dice el evangelio: "Jesús,

mirándolo, lo amó...” (Mc. 10, 21). Entremos en ese juego profundo de miradas desde la propia vida, desde la sencillez o la complejidad de nuestra existencia, pero recordando y haciendo realidad lo que nos dice el profeta Isaías 66, 2:

En ése pondré mis ojos: en el humilde y el abatido que se estremece ante mis palabras.

PARTE PRIMERA

MIRADAS I

Al pensar en un plan de oración de cara a la profesión solemne, me vinieron a la mente diversas ideas. En un principio, pensé en la recomendación que nos hace tantas veces S. Ignacio sobre aplicar los sentidos a los diversos misterios que se nos van proponiendo para nuestra contemplación. Como, al fin y al cabo, el hecho de que uno llegue a la profesión tiene algo o mucho de misterio, creí conveniente hacer lo mismo. También porque una tentación en la que podemos caer bastante fácilmente, y que por tanto debemos evitar, es la de hacer grandes disquisiciones y profundas cavilaciones como si eso de vivir en pobreza, castidad y obediencia dependiese más de nosotros que del Dios que ha conquistado nuestro corazón y fuésemos nosotros los que en definitiva vamos a llevar semejante proyecto de vida con nuestros razonamientos y fuerzas. Creo que no, que uno en el fondo no las tiene todas consigo, pero percibe que lo mejor que puede hacer es abandonarse por ese camino, pues al fin y al cabo qué puede hacer uno si es Dios el que le ha ganado el corazón. Y el religioso, ahí, se encuentra pequeño, muy pequeño.

Así, pensando esas cosas, es como me acordé también de aquel sencillo hombre que todas las

tardes acudía a la iglesia del pueblo y permanecía un tiempo largo en oración. Un buen día, cuando volvía a su casa ya al atardecer, alguien le interrumpió en su camino para preguntarle qué es lo que tenía que decir a Dios después de tantos años de semejante práctica diaria. El buen hombre, con mucha paz, respondió sencillamente que decir no decía nada, simplemente se ponía delante de Jesús, en su presencia, y “yo lo miro y Él me mira”. Pienso que, delante de una profesión, después ya de unos años de formación, cuando uno va conociendo la vida y va a tomarla en las manos para una decisión profunda, “mirar a Jesús y dejarse mirar por Él” es una gran forma de orar, quizá la que mejor podemos hacer.

Ese juego de miradas, ciertamente, es una profunda oración. Es verdad que tenemos muchas formas de mirar y que hay miradas y miradas. Miramos por curiosidad, para conocer, para ver simplemente, para contemplar y saborear porque hay vistas que entusiasman y alegran el corazón, le hacen a uno sentirse bien. Tenemos muchos tipos de miradas, miradas curiosas, indiferentes, de odio, de cariño, de amor... Es algo profundamente humano y oracional, entrar en este juego, en el que vamos dialogando y sintonizando con los demás y, en este caso con Jesús. Al fin y al cabo lo que pretendemos es vivir de una forma concreta, ya que hemos descubierto “que hay otro ser por el que miro el mundo porque me está queriendo con sus ojos”, como dice el poeta. Y es que la mirada es un primer abrazo.

Santa Teresa, que sabía mucho de estas cosas, nos lo dice muy bien:

“Algunos he topado que les parece está todo el negocio en el pensamiento, y si éste pueden tener mucho en Dios, aunque sea haciéndose gran fuerza, luego les parece que son espirituales. (...) Querría dar a entender que el alma no es el pensamiento, ni la voluntad es mandada por él, que tendría harta mala ventura; por donde el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho”. (Fund., 5, 2-3)

“No os pido ahora que penséis en Él, ni que saquéis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más de que le miréis”.

(Cam. Perf., 26 ,3)

Jesús cuando nos habla de la oración nos dice insistentemente que

“cuando quieras rezar, métete en tu cuarto, echa la llave y rézale a tu Padre que está en lo escondido. Y tu Padre, que ve lo escondido, te recompensará”. (Mt. 6, 6)

La oración, podemos decir, pasa a ser ese diálogo de miradas con quien sabemos nos ama, en y desde lo escondido, desde lo más profundo de nuestra existencia, desde las cosas de nuestro corazón.

Entramos en él para dejarnos alcanzar por la mirada de Dios, esa mirada entrañable y amorosa, que recorre nuestra historia y que se va

haciendo palabra y carne sobre todo en Jesús de Nazaret. Es, pues, una actividad cordial, que nos lleva a mirar a nuestro interior para pasar a mirar, a posar la mirada pausadamente (eso es contemplar) en ese rostro de Dios y volver de nuevo a nuestra vida. Entrar en oración, desde nuestro ser profundo, nos lleva a acoger el amor de Dios que nos alcanza y nos abraza, como a Moisés, como zarza ardiente (Ex. 3,1-4). Es exponerse indefenso ante Dios, ante sus ojos, para, mirándole a Él, encontrar afinidad con su Hijo.

“Me robas el corazón (me has enamorado) con la sola mirada de tus ojos”. (Ct. 4, 9)

Una afinidad que sólo puede hacerse en ese diálogo de miradas amorosas. Nos lo dice muy bien Antonio Machado:

“No, mi corazón no duerme.
Está despierto, despierto.
Ni duerme ni sueña, mira,
los claros ojos abiertos,
señas lejanas y escucha
a orillas del gran silencio”.

LA LLAMADA. VEN Y SÍGUEME

Creo que hay un texto en la Biblia que nos inspira profundamente y al que es bueno hacer referencia de vez en cuando. Es el de la vocación de Abrahán. Hay, sin duda, otros muchos y bellos relatos vocacionales en el texto bíblico, pero éste tiene una atracción especial para todo creyente. Posiblemente sintonizamos con él porque hasta inconscientemente vemos a Abrahán como nuestro padre en la fe. Veamos el texto de Gn. 12,1-4:

“El Señor dijo a Abrán:
Sal de tu tierra nativa
y de la casa de tu padre,
a la tierra que te mostraré.
Haré de ti un gran pueblo,
te bendeciré, haré famoso tu nombre,
y servirá de bendición.
Bendeciré a los que te bendigan,
maldeciré a los que te maldigan.
Con tu nombre se bendecirán
todas las familias del mundo.
Abrán marchó, como le había dicho el Señor,
y con él marchó Lot”.

- Nosotros miramos ahora nuestra vida, el camino que hemos hecho, y nos vemos un poco como Abrahán, dentro de esas “minorías abrahámicas” que le gustaba hablar a Dom Helder

Cámara. Nuestro camino ha sido algo parecido, pero, mirando así nuestra vida, lo que queremos resaltar como en el relato del Génesis es la primacía que tiene Dios. Es de Él de quien parte la iniciativa, en Él está el principio y fundamento de todo. Él es alguien que dice y esto lo hace a lo largo de toda la historia humana. Incluso en la creación Él dice y hace. Nuestro Dios es “hablante”, no es un Dios mudo, abúlico y desentendido de nosotros. Él entra en nuestra vida desde siempre y nos dice algo, así lo vemos desde nuestra vida.

“Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos:
Estaba yo en el vientre, y el Señor me llamó;
en las entrañas maternas, y pronunció mi nombre.

Hizo de mi boca una espada afilada,
me escondió en la sombra de su mano;
me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba y me dijo:

«Tú eres mi siervo, de quien estoy orgulloso»”.

(Is. 49, 1-3)

Nuestra vida se ha ido haciendo siempre porque alguien nos ha mirado y ha pronunciado nuestro nombre de alguna forma haciéndonos más personas, más sujetos únicos de la vida. (Pensemos lo terrible y demoleedor que debe ser para una persona, que nadie le mire desde niño, ni le diga nada, o peor, si le desprecia y le insulta, y nunca le da un nombre). Nuestro Dios “pronuncia mi nombre”, habla, me llama.

- Podemos mirar cómo Dios nos ha ido mirando y hablando a lo largo de nuestra vida. Dicen unos, que a Abrahán le habló a través de los astros, de la religiosidad de su tierra y de su tiempo; otros hablan que fue en la crisis de la vida y a diversas edades. Eso nos quiere decir que hay diversas posibilidades, pero Dios habla siempre por mediaciones; a veces increíbles, y así lo podemos ver también en nuestra vida. ¿Cuándo y cómo le hemos oído hablar? Podemos quizá pensar que lo hizo hace tiempo de una vez por todas, pero es importante que percibamos que esa llamada, esa vocación, hoy, se sigue dando. Hay una historia de mediaciones, que debemos agradecer, y una llamada actual a descubrir y responder confiadamente.

- Lo vemos en Jesús y nos llama la atención. Si miramos los relatos vocacionales nos encontramos siempre con estas dos características: la iniciativa la lleva Jesús y lo que nos pide es confianza. Veamos uno de ellos:

“Pasando junto al lago de Galilea vio a Simón y a su hermano Andrés que estaban echando una red en el lago, pues eran pescadores. Jesús les dijo:

- «Veníos conmigo y os haré pescadores de hombres».

Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron.

Un poco más adelante vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en su

barca repasando las redes, y en seguida los llamó; dejaron a su padre, Zebedeo, en la barca con los jornaleros y se marcharon con él". (Mc. 1, 16-20).

- En este relato, que sin duda es síntesis de una experiencia profunda y más prolongada, nos llaman la atención varias cosas:

- Jesús, antes de llamar, mira, ve.

- La iniciativa parte de Él: asume la responsabilidad de la llamada.

- No da muchas explicaciones, ni razonamientos; la fuerza de la llamada está en su persona y pide confianza.

- Mirando las diversas llamadas que aparecen en el evangelio, también descubrimos que al escoger a los que llama, incluso cuando escoge a sus apóstoles, no parece que se deja llevar por unos criterios humanos. Analizando esa lista, uno se encuentra hasta cómodamente comprendido (Mc. 3, 13-19). Lo que se ve es que llama a quien quiere, para estar con Él, ya que la fuerza viene de su presencia. (1Cor. 1, 26-31)

- En definitiva uno descubre que de lo que se trata es de responder a Jesús, que continúa en los caminos de este mundo, diciéndonos: "ven y sígueme". Esas son precisamente las últimas palabras de Jesús en el evangelio de Juan:

"¿A ti qué te importa? Tú sígueme".

(Jn. 21, 22)

- * Mirando nuestra vida hoy ¿Qué es lo que me preocupa y lo que verdaderamente me ocupa?
- * ¿Cómo percibo y cultivo la presencia de ese Dios que pronuncia mi nombre?
- * ¿Cómo ha sido mi transcurso vocacional? ¿Cómo y por medio de qué me “convoca” en esta Escuela Pía de hoy?

LA RESPUESTA: "AQUÍ ESTOY SEÑOR"

Una vez vista la llamada del Señor, ahora centramos nuestro mirar en la respuesta de la persona. Si profunda y variada es la historia de las llamadas y sus mediaciones, no menos larga y diversa es la de las respuestas que cada uno de nosotros va dando al sentirse interpelado por Dios. Llamada y respuesta son las dos caras unidas de la misma realidad vocacional, aunque no siempre en sintonía. Dentro de la gran variedad de casos, nos podemos mover desde la fidelidad con que obran muchos profetas ante la llamada de Dios, hasta la actitud descarada de Jonás "para huir del Señor" (Jon. 1, 1-3) o el vergonzoso esconderse de Adán y Eva "para que el Señor Dios no los viera" (Gn. 2, 8).

Al comenzar esta mirada oracional a las respuestas a lo largo de la vida, queremos hacer nuestra, como oración, la respuesta del pequeño Samuel, que duerme en el santuario y desde lo profundo de la existencia escucha al Señor:

"Samuel fue y se acostó en su sitio. El Señor se presentó y lo llamó como antes:

-¡Samuel, Samuel!

Samuel respondió:

-Habla que tu siervo escucha. (...)

Elí comentó:

-¡Es el Señor! Que haga lo que le parezca bien". (1 Sam. 3, 10.18)

- Lo veíamos en el tema anterior: la llamada se produce en la vida, al interior de ella, a través de las más diversas mediaciones; pero esa llamada, que le coge a uno en el día a día, no le deja indiferente, lo va descentrando, le transforma, le cambia el nombre (su persona) (Abrán-Abrahán; Simón-Pedro...) y le cambia su vida; la finalidad de lo que hace cobra otro sentido ("desde ahora serás pescador de hombres" Lc. 5, 1-11). La vida misma, aunque aparentemente continúe en la misma monotonía y simplicidad, tiene otro significado.

- Y es que la respuesta no puede estar fundada sino en el propio Jesús, cualquier otra razón, por muy buena y santa que nos parezca, es insuficiente. La respuesta implica una confianza total en el propio Jesús. No da razones para su seguimiento, simplemente parece que todo lo fundamenta en su propia persona y es precisamente en Él donde tenemos la señal para responder. Así nos lo dice Juan:

"Muchos discípulos dijeron al oírlo:

-Este modo de hablar es intolerable, ¿quién puede admitir eso?

Desde entonces muchos discípulos se echaron atrás y no volvieron más con Él.

Jesús preguntó a los Doce:

-¿También vosotros queréis marcharos?

Simón Pedro le contestó:

-Señor y ¿a quien vamos a acudir? En tus palabras hay vida eterna y nosotros ya creemos y sabemos que tú eres el Consagrado por Dios".

(Jn. 6, 60.66-69)

Y Lucas en un pasaje de su evangelio nos hace mirar profundamente los motivos de nuestras respuestas y la primacía que le damos a Jesús, en la vida.

"Por el camino le dijo uno:

-Te seguiré vayas a donde vayas.

Jesús le respondió:

-Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero este hombre no tiene donde reclinar la cabeza.

A otro le dijo:

-Sígueme.

Él respondió:

-Permíteme que vaya primero a enterrar a mi padre.

Jesús le replicó:

-Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar por ahí el reinado de Dios.

Otro le dijo:

-Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia.

Jesús le contestó:

- El que echa mano al arado y sigue mirando para atrás, no vale para el Reino de Dios”.

(Lc. 9, 57-62)

Es impresionante este texto. Por encima de cosas buenísimas, incluso de nuestros mejores deseos; por encima de todo ideal que nos hagamos aparece la primacía de Jesús. Y es en Él donde se fundamenta nuestra respuesta. Esto nos lleva, como actitud previa pero inexcusable, a tener que despojarnos, dejar algo, desprenderse de lo que uno tiene, de uno mismo, y, de alguna forma, desnudarse para poder seguirle. No hay respuesta positiva posible si uno no es capaz de dejar algo de sí, de despojarse para verse en su desnudez, en su verdad existencial.

“Jesús se le quedó mirando, le tomó cariño y le dijo:

-Una cosa te falta: vete a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, que Dios será tu riqueza; y anda sígueme a mí.

A estas palabras, el otro frunció el ceño y se marchó entristecido, pues tenía muchas posesiones”.

(Mc. 10, 21-23)

Nadie sigue a Jesús y permanece indiferente. Uno (ésta es la experiencia de los santos, pensemos en Calasanz o Francisco de Asís...) se despoja de sus cosas, de sus proyectos, de sus criterios para poder seguir a Jesús, porque la respuesta sólo puede ser de disponibilidad.

- * Mira la historia de tu respuesta vocacional, desde tu ingreso en la Escuela Pía; escríbela y mira las circunstancias que la han conformado, luego preséntasela a Dios.
- * ¿Cómo son tus actitudes hoy? ¿De qué te despojas, qué te parece que necesitas vender?
- * Como respuesta de confianza, puedes hacer una oración personal con el Salmo 120, sintiéndote guardado y acogido por el Señor. También puedes, en el texto de Lc. 9, 57-62, añadir un cuarto personaje que eres tú. ¿Cómo sería el diálogo?

COMPARTIR. VIVIR EN CRISTO

La llamada, que se nos hace a través de infinidad de realidades, y la respuesta que damos, por pobre que sea, nos van configurando en una experiencia profunda de unión de vida y destino con Jesús. Uno se va descubriendo con los años, en las diversas circunstancias de la vida, compartiendo la vida con Alguien. Percibe que la vida de uno está habitada y mira todos los años que van pasando (muchos o pocos) como un dialogar con Él, una presencia amiga, todo menos un curso de conocimientos o destrezas para hacer un papel en la vida o cumplir unas normas. Es la experiencia profunda que le sucede a todo discípulo (descrita muy bien en Jn. 1, 35-39), la experiencia clave de quedarse con Él, la hora décima de cada uno.

Jesús llama con plena libertad y quiere compartir la vida con los discípulos. Su llamada, a diferencia de la de los rabinos, parte de Él y no es para aprender una serie de conocimientos o unos modos de vida para luego separarse, sino que es ante todo para compartir la vida con Él y entrar de lleno en su misión:

“Mientras subía a la montaña fue llamando a los que él quiso y se reunieron con él. Designó a doce para que fueran sus compañeros y para

enviarlos a predicar con poder de expulsar demonios". (Mc. 3, 13-15)

"Igual que mi Padre me amó, os he amado yo. Manteneos en ese amor que os tengo... Os dejo dicho esto para que compartáis mi alegría y así vuestra alegría sea total. Ya no os llamo siervos, porque un siervo no está al corriente de lo que hace su amo; os llamo amigos porque os he comunicado todo lo que he oído a mi Padre.

No me elegisteis vosotros a mí, fui yo quien os elegí a vosotros y os destiné a que os pongáis en camino y deis fruto, y un fruto que dure; así, lo que pidáis al Padre alegando mi nombre, os lo dará". (Jn. 15, 9-16)

- Esto, para cada uno de nosotros, se convierte en una experiencia de encuentro personal, no en un encuentro con una realidad abstracta, una ideología o algo que viene del pasado. La experiencia, aunque en muchos aspectos de nuestra psicología no se satisface, pues se hace en y desde la fe, se realiza en el hoy de nuestra vida con Alguien que tiene su plasticidad y configuración concreta. Un alguien en el que vamos profundizando, a quien vamos conociendo y en quien vamos descubriendo sus aspectos más personales. Ésta es la experiencia del resucitado para los primeros discípulos, la misma del pueblo que caminaba en el desierto con su Dios:

"Y en el desierto ya has visto que el Señor, tu Dios, te ha llevado como a un hijo por todo el camino hasta llegar aquí". (Dt. 1, 31)

La narración del camino por el desierto, hasta con sus infidelidades, nos presenta siempre una experiencia de relación e intimidad, de ternura y cercanía, entre Dios y su pueblo. (La podemos personalizar, como oración que expresa nuestra experiencia de vida, con Dt. 32, 9-18). Y ésta es, precisamente, la experiencia central de los mismos discípulos de Jesús después de la resurrección. Se encuentran con alguien y con él se relacionan de forma diversa. Es, ante todo, un encuentro, una relación personal. Vamos a verlo en Pablo, testigo excepcional, que nos lo cuenta de forma variada y profunda en sus cartas, como un elemento esencial de su experiencia de fe. Su encuentro con Jesús le llevó a un cambio personal profundo y a la unión íntima con Él. En la carta a los Filipenses, abriendo su intimidad a la comunidad amiga, les llegará a decir algo que nos puede asustar:

“para mí, vivir es Cristo y morir, ganancia”
(1, 21)

Y después de haberse presentado con todas sus cualidades como hebreo de verdad, fariseo... perseguidor... intachable, añade:

“Sin embargo, todo eso que para mí era ganancia, lo tuve por pérdida comparado con el Mesías; más aún: cualquier cosa tengo por pérdida al lado de lo grande que es haber conocido personalmente al Mesías Jesús, mi Señor. Por él perdí todo aquello y lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo e incorporarme a él...”

(Flp. 2, 7- 9)

Experiencia de intimidad, de cercanía y amor a alguien en quien se ha encontrado la fuerza para vivir.

“¿Quién podrá privarnos de ese amor del Mesías? ¿Dificultades, angustias, persecuciones, hambre, desnudez, peligros, espada? Dice la Escritura: Por ti estamos a la muerte todo el día; nos tienen por ovejas de matanza (Sal. 43, 23). Pero todo eso lo superamos de sobra gracias al que nos amó. Porque estoy convencido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni soberanías, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes ni alturas, ni abismos ni ninguna otra criatura podrá privarnos de ese amor de Dios, presente en el Mesías Jesús, Señor nuestro”. (Rm. 8, 35-39)

- * Vivir unido a Jesús es acoger como propias las claves que conforman su camino. Claves fundamentales como el Reino, el prójimo, los pobres, la encarnación, la cruz, la pascua... (Ap. 7, 14-17 es un texto para orar, viéndonos desde aquí).
- * Contempla la experiencia de comunión e intimidad con Jesús; agradece y ora desde ella. ¿Qué aspectos resaltarías de ella? ¿Qué haces para cultivarla?
- * Contempla el rostro de Jesús que se ha ido configurando en esa experiencia. ¿Qué trazos te cautivan más? Manifiéstale tu amor. ¿Qué claves de su camino te parecen más necesarias para vivir como escolapio?
- * Puedes terminar tu oración con el Salmo 72, 23-28.

COMPARTIR. ANUNCIAR EL REINO

El seguimiento de Jesús nos lleva según Mc. 3, 13ss., a vivir dos experiencias importantes: por un lado, compartir la vida con Él y por otro, su proyecto, el Reino. Estas dos realidades, en constante tensión, no son confundibles pero tampoco separables. Cada una tiene su originalidad a cultivar y cuidar. Ahora, en esta mirada orante, vemos que acercarse a Jesús es hacer nuestro el convite para anunciar el Reino.

“Por el camino proclamad que ya llega el reinado de Dios, curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. De balde lo recibisteis, dadlo de balde”. (Mt. 10, 7s.)

Y es que al acercarse uno a Jesús por su llamada, no puede menos de percibir que su misión es el anuncio del Reino. Jesús y el Reino son inseparables.

“Cuando detuvieron a Juan, Jesús se fue a Galilea, a pregonar, de parte de Dios, la buena noticia. Decía: Se ha cumplido el plazo, ya llega el reinado de Dios”... “También a los otros pueblos tengo que anunciarles el Reino de Dios; para eso me han enviado”... “Recorría Jesús todos los pueblos y aldeas, enseñando en las sinagogas, pro-

clamando la buena noticia del Reino y curando todo achaque y enfermedad”.

(Mc. 1, 14s; Lc. 4, 43; Mt. 9, 35)

- La vida de Jesús se constituye así en el anuncio del Reino; Él mismo es quien lo hace presente. El fundamento de esto, la fuente desde donde todo nace, es su profunda experiencia de que Dios es Padre de todos y que, por tanto, todas las personas somos hijas en el Hijo y hermanas entre nosotros. Aquí enlaza con la gran tradición profética de Israel, expresada en la Alianza. La forma de hacer realidad en el mundo a Dios Padre es que todos vivamos como hermanos, construir un mundo fraterno, lo que resulta difícil, si no imposible de realizar para cualquier civilización; por eso “todo el mundo usa la violencia contra él” (Lc. 16, 16).

- Jesús, de forma especial e intensa en los evangelios, presenta el Reino en el sermón de la montaña y lo proclama inaugurado por medio de las Bienaventuranzas. Sin necesidad de muchas explicaciones, dejando que nos inspiren y afecten, en contraste con nuestros criterios y los de nuestro mundo, podemos orar:

“Al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó y se le acercaron sus discípulos. Él tomó la palabra y se puso a enseñarles así:

Dichosos los que eligen ser pobres, porque éstos tienen a Dios por Rey.

Dichosos los que sufren, porque éstos van a recibir el consuelo.

Dichosos los no violentos, porque éstos van a heredar la tierra.

Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque éstos van a ser saciados.

Dichosos los que prestan ayuda, porque éstos van a recibir ayuda.

Dichosos los limpios de corazón, porque éstos van a ver a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz, porque a éstos los va a llamar Dios hijos suyos.

Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque éstos tienen a Dios por Rey.

Dichosos vosotros cuando os insulten, os persigan y os calumnien de cualquier modo por causa mía. Estad alegres y contentos, que Dios os va a dar una gran recompensa; porque lo mismo persiguieron a los profetas que os han precedido". (Mt. 5, 1-12)

- Ésta es la "carta de presentación" del Reino que Jesús nos desglosará después en parábolas y gestos. Descubrimos, así, que es una realidad que pertenece a los pobres y niños, que nosotros somos llamados, convidados, como trabajadores, obreros de la última hora y que sus imágenes frecuentes son la viña, el banquete y la boda. Es una realidad que crece sin que nos demos cuenta y que debemos pedir que venga a nuestro mundo, porque sobrepasa nuestras fuerzas. Es algo real en medio de nosotros; pequeño como una semilla y real e invisible como la levadura. Algo real, actual en nuestro mundo, pero todavía no com-

pletamente realizado, en tensión hacia un más allá de nosotros y nuestras fuerzas.

Sí, pero todavía no, es la tensión del discípulo de Jesús que nos mueve a salir de la “apatía histórica” (lo esperamos todo por evolución de las circunstancias) y del subjetivismo en que nos sumergimos.

Debemos recuperar la pasión (hasta exagerada) por el Reino, propia de la Vida Religiosa. Manteniendo el anhelo en medio de la prueba, como “*dinamismo de la edad futura*” (Heb. 6, 11s.):

“...volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confortando a los discípulos y exhortándolos a perseverar en la fe, diciéndoles que tenemos que pasar mucho para entrar en el Reino de Dios”.

(Hch. 14, 21s.)

Reconociendo en la Escuela Pía y en cada uno de nosotros la necesidad de cambiar:

“Pues sí, te aseguro que si uno no nace de nuevo, no podrá gozar (vislumbrar) del reinado de Dios”. (Jn. 3, 3)

* ¿Qué significa el Reino en mi vida? ¿Qué rasgos me atraen y me cuestan más? ¿Cuáles son las parábolas que quiero contar con mi vida? ¿los gestos significativos, señales del Reino en mi vida?

* ¿Cómo he vivido y vivo el anhelo, la pasión por

el Reino? ¿Es la alegría de los convidados la tónica de mi vida? ¿Qué me exige a mí y a la Escuela Pía el animar la venida del Reino?

* Unos textos que nos ayudan a mirar orando el Reino:

-Sal. 145.

-Mt. 5-7. ¿Por qué no leer tranquilamente todo el Sermón de la Montaña? Descubrir y orar la ley, la justicia, la primacía y la práctica del Reino.

-Jn. 18-19. Mirar en la pasión de Juan a Jesús como el verdadero Rey y las claves con que hace presente el Reino.

TÚ ERES MI SEÑOR

Todos nosotros le vamos dando un sentido a nuestra vida. La historia de toda persona es esa búsqueda de algo que le haga feliz y le llene. Vista así, toda vida humana tiene algo o alguien al que se le rinde servicio y atención, porque de él nos viene la felicidad plena. Todos tenemos, consciente o inconscientemente, un señor en nuestra vida. El hombre de fe es el que hace de Jesús el Señor de su vida. Esto quiere decir fundamentalmente tres cosas: Jesús es el Señor de toda mi vida, el único Señor; las demás personas y cosas son importantes, pero no son el Señor; las demás personas y realidades tienen importancia sí, pero en relación con el señorío de Jesús. Ésta es la experiencia del N.T. expresada ininidad de veces con el título de *kyrios* aplicado a Jesús y que Pablo resume en 1 Cor. 8, 6:

“Para nosotros no hay más que un Dios, el Padre, de quien procede el universo y a quien estamos destinados nosotros, y un solo Señor, Jesús Mesías, por quien existe el universo y existimos nosotros”.

Otros podrán tener diversos y afamados señores, pero para el creyente “mi porción es el Señor”.
(Sal. 118, 57)

• Aquí nos identificamos con Tomás, ese discípulo a quien el crudo realismo de la vida pretende imponerle otros señores. Como él, nos sentimos acompañados de la “hermana oscuridad” que, a diversos niveles de nuestra existencia, no nos deja vivir el señorío de Jesús. Porque debemos reconocer que una cosa es decir con la boca “Jesús es el Señor” y otra, que en la realidad lo sea, hasta en esos niveles profundos y a veces caóticos de nuestra personalidad. ¿Hasta dónde llega el señorío de Jesús en nosotros? Nos dejamos llevar ahora con Tomás en la oración:

“Tomás, uno de los Doce, a quien llamaban el Mellizo, no estaba con ellos cuando se presentó Jesús. Los otros discípulos le decían:

-Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó:

-Tengo que verle en las manos la señal de los clavos; hasta que no toque con el dedo la señal de los clavos y le palpe con la mano el costado, no lo creo.

Ocho días después los discípulos estaban otra vez en casa, y Tomás con ellos. Estando atrancadas las puertas, llegó Jesús, se puso en medio y le dijo:

-Paz con vosotros.

Luego se dirigió a Tomás:

-Aquí están mis manos, acerca el dedo; trae la mano y pálpame el costado. No seas desconfiado, ten fe.

Contestó Tomás:

-¡Señor mío y Dios mío!”

Jesús le dijo:

-¿Porque me has visto tienes fe? Dichosos los que tienen fe sin haber visto. (Jn. 20, 24-29)

- Así, humildemente, nos acercamos a la experiencia vivida por el pueblo de Dios a lo largo de su historia, motivo de confesión y de oración (que hacemos nuestra):

“Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las inculcarás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado...” (Dt. 6, 48)

Y ésta es la experiencia a la que debe volver siempre, evocada y recordada por los profetas, aun en medio de tentaciones e idolatrías, a otros señores (1 Re. 18, 16-46). Vivir en fidelidad porque se ha descubierto que

“Yo soy el Señor y no hay otro”. No te hablé a escondidas en un país tenebroso; no dije a la estirpe de Jacob: “Buscadme en el vacío”. Yo soy el Señor que pronuncia sentencia y declara lo que es justo. Reuníos, venid, acercaos juntos, supervivientes de las naciones: No discurren los que llevan su ídolo de madera y rezan a un dios que no puede salvar”. (Is. 45, 18-20)

Para Tomás, y para nosotros, la dificultad está en reconocer, precisamente en la realidad cruda y dura del crucificado, al Señor de la vida. Lo que se presenta como la aniquilación total es el triunfo y la vida. Y es que los caminos y valores del señorío de Jesús se nos presentan y resultan muy diferentes a los nuestros, “pues yo estoy entre vosotros como quien sirve”. (Lc. 22, 24-27)

- Este señorío de Jesús desemboca en una experiencia en la que descubrimos en Él, precisamente, que nuestra vida tiene sentido profundo, que dentro de su vulgaridad y monotonía, tenemos una luz que nos ilumina. Y es por eso, por lo que queremos que toda nuestra vida, pasado, presente y futuro, haga referencia y esté unida a Él.

“Porque ninguno de nosotros vive para sí, ni ninguno muere para sí: si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor; o sea que, en vida o en muerte, somos del Señor. Para eso murió el Mesías y recobró la vida, para tener señorío sobre vivos y muertos”.

(Rom. 14, 7-9)

Por eso, hasta el final de la Biblia, la oración esperanzada de las comunidades será: “Ven, Señor Jesús” (Ap. 22, 20).

* Mirando ahora tu vida, descubre la historia del señorío de Jesús y de otros señoríos. Ora desde ella y, como Tomás, confiesa tu fe. ¿En la realidad, hasta dónde llega ese señorío de Jesús? ¿Qué conciencia tienes de él y qué significa en la práctica?

* Como religioso escolapio eres un seducido por el Señor crucificado. Mira al crucificado y a la cruz, para descubrir, orando, los valores de tan magnífico Señor. Con la profesión, parece que oras “mi porción es el Señor”. ¡Díselo al Señor!

* Ora confiadamente con el salmo 122.

EN TI, LAS FUENTES DE MI VIDA

Mirando la vida, nos parece que sus fuentes profundas, como hijos de la Ilustración, son el Logos y la Tecnología. El hombre de hoy parece que encuentra su fundamento y su fuerza en estas dimensiones tan profundamente humanas, pero profundizando más en nuestro ser, y sin por ello invocar la vuelta a la irracionalidad, nos encontramos con que la raíz misma de la vida humana está en el *pathos*, el sentir. Lo afectivo acaba siendo lo efectivo. El *pathos* que es sentir y por eso apetece la realidad sentida, nos descubre el *Eros*, que es desde donde precisamente queremos mirarnos y orar a nuestro Dios.

- Leonardo Boff, en una de sus obras, nos dice que el *Eros* “es aquella fuerza que nos hace buscar con entusiasmo, alegría y pasión la unión con las cosas que sentimos y apreciamos, con nuestra propia realización, con las personas cuyo contacto nos es significativo, con nuestros ideales, con nuestra vocación, con Dios. (...) He ahí la esencia vivida del *Eros*: la vida que busca apasionadamente la vida, la alegría de ser, el movimiento que anima, que amplía, que profundiza y que transforma (...) Lo propio del *Eros* es unir al sujeto con el objeto. Pero unir con compasión, con entusiasmo, con ardor. En el *Eros* hay fuego y

calor. Todo lo que está ligado al *Eros* tiene que ver con la fantasía, con la creatividad, con la irrupción de lo nuevo, lo sorprendente y lo maravilloso. El *Eros* produce fascinación, atracción y hechizo. Los antiguos decían que era un *daimon*, que habita en él una fuerza “demoníaca”. A ella nos acercamos desde nuestra vida, como fuerza enorme que nos empuja a realizarnos, a completarnos, y que también nos hace soñar, buscar y perder nuestro sentido de la realidad tras unos sueños imposibles y alienantes.

- Ésta es la fuerte ambigüedad del deseo que se manifiesta de diversas formas en la vida humana. Sin el deseo, Abrahán no habría salido de su tierra, ni el Pueblo de Dios hubiera abandonado Egipto, pero por el deseo también muchas veces nos evadimos de una realidad difícil, tanto personal como social, para refugiarnos en “una tierra” que no existe, en unas “cebollas” de esclavitud. No es de extrañar, por tanto, que se nos diga como medida de sabiduría:

“Hijo mío... por encima de todo guarda tu corazón, porque de él brota la vida”. (Prov. 4, 23)

- Precisamente, sabiendo que en él están las fuentes de la vida, nos acercamos a nuestro mundo del deseo, como la samaritana, a sacar agua del pozo de la sabiduría, para encontrar un agua viva en alguien, que personalmente nos va descubriendo quiénes somos verdaderamente. (Jn. 4, 1-29)

“El que beba el agua que yo voy a dar nunca más tendrá sed: porque esa agua se le convertirá dentro en un manantial que salta dando una vida sin término”. (Jn. 4, 14)

• La búsqueda de Dios en la vivencia de la fe y de la vida religiosa, se vive como algo profundamente “apasionante”; presencia de un Dios erótico (como dirían los padres antiguos) que colma y satisface la sed del corazón del hombre. La profundidad de toda esta experiencia es tan fuerte que el fiel no puede sino expresarse en un lenguaje poético. Es en el arte, con la belleza precisamente, como intenta expresar la belleza seductora de nuestro Dios. Poesía hecha oración en los salmos:

“Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.
¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.
Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mis labios te alabarán jubilosos.
En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,
porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;

mi alma está unida a ti
y tu diestra me sostiene". (Sal. 62, 2-9)

• Así oramos y hacemos nuestra la experiencia de unión gozosa y plenificante de quien ha puesto en el Señor todo su deseo y esperanza, de quien lo experimenta así en su vida y acaba exclamando:

“¡Qué inapreciable es tu misericordia, oh Dios!
Los humanos se acogen a la sombra de tus alas,
se nutren de lo sabroso de tu casa,
les das a beber del torrente de tus delicias:
porque en ti está la fuente viva
y tu luz nos hace ver la luz”. (Sal. 35, 8-10)

* Porque lo terrible es caminar sin sentir y desear esa presencia ardiente y dejarse roer por la duda y la tentación, como en Masá y Meribá “porque los israelitas se habían careado y habían tentado al Señor, preguntando: ¿Está o no está con nosotros el Señor?” (Ex. 17, 7). Mientras que para quien vive de la fe, aun en las dificultades, la “esperanza no defrauda, porque el amor que Dios nos tiene inunda nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado” (Rom. 5, 5). Los fieles se alegran en esa esperanza y “cantarán mientras danzan: Todas mis fuentes están en ti”. (Sal. 86, 7)

* Entra en lo profundo del mundo de tus deseos y acércalos a la mirada de Dios. ¿Cómo está tu

Eros, tus deseos profundos de vivir? ¿Dónde tienes las fuentes de la vida, de qué te nutres?

- * Como religioso ¿cómo es tu historia de seducción? Como escolapio, como Calasanz, ¿eres seducido por un Dios pequeño y crucificado, en los pobres pequeños? ¿Celebras tu profesión de forma apasionante, “erótica”, como una boda?
- * Expresa tu amor a Dios con *El Cantar de los Cantares*; puedes comenzar por los besos (Cant. 1, 1-5).

DISCÍPULOS DE LA ZARZA ARDIENTE

Hoy nos vamos a ver como orantes. Es una dimensión personal vivida a lo largo de años, recibida, cultivada y trabajada de múltiples maneras. Constituye algo así como nuestro lado místico, de quien gratuitamente parte lo tangible para acercarse al misterio, a esa zarza ardiente que, como a Moisés, nos sale al camino, calienta el corazón y transforma la vida.

“Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián; llevó el rebaño tras-humando por el desierto hasta llegar a Horeb, el monte de Dios. El ángel del Señor se le apareció en una llamarada entre zarzas. Moisés se fijó: la zarza ardía sin consumirse. Moisés dijo:

-Voy a acercarme a mirar este espectáculo tan admirable, cómo es que no se quema la zarza.

Viendo el Señor que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde la zarza:

-Moisés, Moisés.

Respondió él:

-Aquí estoy.

Dijo Dios:

-No te acerques. Quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado.

Y añadió:

-Yo soy el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob.

Moisés se tapó la cara temeroso de mirar a Dios.

El Señor le dijo:

-He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos..." (Éx. 3, 1-10)

Este pasaje, con ese juego tan vivo de miradas, narra acertadamente esa experiencia profunda de nuestra vida. La vemos también expresada en los relatos de Abrahán, peregrino de Dios, que allá donde llega levanta un altar para reconocer su presencia fecunda (Gén. 12, 7.8; 13, 4.18) y que le descubre y recibe en su casa. (Gén. 18, 1-15)

Experiencia de contemplación, fijando atentamente los ojos en la misma vida, con una mirada profunda y serena desde el centro de nuestro ser, porque "lo esencial es invisible a los ojos y sólo se ve bien con el corazón". Textos bellos y profundos que nos convidan a la oración.

- Esta experiencia fundamental de encuentro con Dios tiene siempre una estructura sacramental. "A Dios nadie lo ha visto", dice San Juan; pero todo es en potencia sacramento suyo, transparencia de su amor. Esto se descubre por el don de tener "iluminados los ojos de vuestra alma" (Ef. 1, 18). Nosotros lo recibimos en Jesús, auténtico sacramento, posibilidad y modelo de nuestra

oración. No sólo aprendemos a orar con Él, sino que es en Él como hacemos nuestra oración-contemplación del Padre. "Quien me ve a mí está viendo al Padre" (Jn. 14, 9). En Él los discípulos, caminando desde la oscuridad de lo cotidiano, encontramos la experiencia ardiente del misterio:

"Unos ocho días después de este discurso cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a la montaña a orar. Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, y sus vestidos refulgían de blancos. De pronto hubo dos hombres conversando con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron resplandecientes y hablaban de su éxodo, que iba a completar en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño; pero se espabilaron, y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús:

-Maestro, viene muy bien que estemos aquí nosotros; podríamos hacer tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

No sabía lo que decía. Mientras hablaba se formó una nube que los cubría. Al entrar en la nube se asustaron. Y salió de la nube una voz que decía:

-Éste es mi Hijo, el Elegido. Escuchadlo.

Cuando cesó la voz, Jesús estaba solo. Los discípulos guardaron el secreto y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

(Lc. 9, 28-36)

- Nosotros, como los discípulos, somos llamados desde la oscuridad del camino (la experiencia de la transfiguración acontece precisamente cuando se anuncia la cruz como camino) a una triple experiencia: un viaje de ida, un encuentro y un viaje de vuelta. Esto lo hacemos desde la dialéctica de la acción y contemplación, Marta y María (Lc. 10, 38-41), pero siempre provocados (“vocacionados”) por la misma actitud de Jesús que ora, desde el camino y para el camino, buscando y para ponernos ante el rostro misericordioso del Padre. (Lc. 11, 1-13)

- A nosotros nos toca acogerlo, abrirle la puerta de nuestra vida, cultivar las maneras para que entre, porque Él, el auténtico orante, siempre está dispuesto a buscarnos:

“A los que yo amo los reprendo y los corrijo; sé ferviente y enmiéndate. Mira que estoy a la puerta llamando: si uno me oye y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos”. (Ap. 3, 19s.)

- Desde la sospecha en que se encuentran hoy en día tanto la acción como la contemplación, somos llamados a ser activos en la contemplación o contemplativos en la acción, con la esperanza de que si ahora lo vemos confusamente, llegará un día en que lo veremos cara a cara, lo veremos tal cual es y nuestra vida será plena.

(1 Cor. 13,12; 1 Jn 3,2).

* Ante tu vida y experiencia de oración, ¿Cómo te ves? ¿Percibes cualidades, etapas, sentimientos

mediaciones? ¿Qué agradeces y pides? Deja que todo vaya surgiendo, aflorando como oración misma.

- * Profesar los votos es pronunciarte delante del rostro del Padre como quien ofrece su vida y ama ese rostro. Preséntate, mira el rostro del Padre que se te ha manifestado durante estos años, pronuncia su nombre y el tuyo. En la Escuela Pía hay un talante peculiar de oración, desde una acción concreta. Desde esa realidad preséntate ante el Señor y contempla su rostro, ábrete en disponibilidad.
- * Contempla este tema apoyado en los Salmos 26 y 91.

EN TI ESTOY RECONCILIADO

Nos acercamos, en nuestra mirada orante, a la experiencia del mal en el mundo; sin lugar a dudas una realidad que sobrecoge y hace temblar. No necesitamos hacer grandes esfuerzos, todo ese mundo de maldad y pecado nos sale al encuentro en infinidad de rostros y situaciones que desbordan cualquier esfuerzo de comprensión. Es algo tan real y profundo que cuando el creyente se pone a meditar en el origen y destino del hombre, llega a la conclusión de que la causa de todo está en el pecado (Gén. 3.4.6.11). Caín y Abel están entre nosotros, así como la indiferencia o la confusión que nos presentan las narraciones del Diluvio y la Torre de Babel. Miremos profundamente a esta humanidad, creada para la felicidad, desterrada del paraíso, rota y atravesada por muchas formas de mal. Hoy miramos y nos situamos en esos infiernos humanos.

- Lo mismo tenemos que decir de la vida de los fieles del Señor. El Pueblo de Dios, a lo largo de su historia, se encuentra también dentro de sí con ese mal profundo que le separa de Dios, el pecado. (Impresiona leer y orar nuestra historia en Ez. 16). Un mal radical y universal en el que todos, creyentes o no, estamos inmersos. Un esta-

do de íntima escisión y quebranto en la que todos estamos sumergidos, porque buscamos realizarnos lejos de Dios y del amor a los demás, cerrados obstinadamente en nosotros mismos.

- Y cada uno de nosotros estamos también rotos, nuestras vidas están rotas. Nuestra condición, nuestra más íntima individualidad nos revela esa rotura que nos afecta en diversos niveles y que vivimos cada uno de una manera muy personal. Ya no podemos, ni debemos, compararnos o juzgar a los demás; a cada uno de nosotros se nos dice: "Tú eres ese hombre" (2 Sam. 12, 1-12) y como Pedro, desde lo profundo, decimos: "Apártate de mí, Señor, que soy un pecador" (Lc. 5, 8). Todos somos personas rotas, "cojeando" en la vida, como Jacob, herederos por la mentira y marcados en la pelea con Dios.

"Todavía de noche, se levantó, tomó a las dos mujeres, las dos siervas y los once hijos y cruzó el vado de Yaboc; pasó con ellos el torrente e hizo pasar a sus posesiones. Y él se quedó solo. Un hombre peleó con él hasta la aurora y, viendo que no le podía, le tocó la articulación del muslo y se la dejó tiesa mientras peleaba con él.

Dijo:

-Suéltame, que llega la aurora.

Respondió:

-No te soltaré hasta que me bendigas.

Y le preguntó:

-¿Cómo te llamas?

Contestó:

-Jacob

Le replicó:

-Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con dioses y con hombres y has podido.

Jacob, a su vez, preguntó.

-Dime tu nombre.

Respondió:

-¿Por qué me preguntas mi nombre?

Y le bendijo.

Jacob llamó a aquel lugar Penuel, diciendo: He visto a Dios cara a cara y he quedado vivo. Mientras atravesaba Penuel salía el sol, y él iba cojeando". (Gén. 32, 23-32)

- Los padres de la Iglesia han visto en este texto un símbolo de nuestra vida como lucha (a veces, a brazo partido) con el mismo Dios. Dura pelea en la que no nos dejamos vencer fácilmente porque

“cuando quiero hacer lo bueno, me encuentro fatalmente con lo malo en las manos. En lo íntimo, cierto, me gusta la Ley de Dios, pero en mi cuerpo percibo unos criterios diferentes que guerrearán contra los criterios de mi razón y me hacen prisionero de esa ley del pecado que está en mi cuerpo. En una palabra: yo, de por mí, por un lado, con mi razón, estoy sujeto a la Ley

de Dios; por otro, con mis bajos instintos, a la ley del pecado.

¡Desgraciado de mí! ¿Quién me libraré de este ser mío, instrumento de muerte? Pero ¡cuántas gracias le doy a Dios, por Jesús, Mesías, Señor nuestro!'' (Rm. 7, 21-25)

- Ésta es la experiencia del discípulo de Jesús. Roto en profundidad por su pecado, pero reconciliado con Jesús y consigo mismo. La experiencia pascual es fundamentalmente una experiencia de perdón, llena de paz y reconciliación. No hay una palabra de reproche, de castigo, al contrario, todo es perdón. Ese perdón de su cobardía, iluminado por el recuerdo de la vida y palabras de Jesús, es desde donde nace la fe en el resucitado. Y con Él, el rostro de un Padre amoroso, siempre dispuesto a mostrar la alegría del perdón. (Lc. 15)

- El discípulo de Jesús no vive de ideales morales; se sabe roto y profundamente inmerso en el pecado. Percibe los límites de su existencia y se reconoce en Jesucristo. Esto le hace asumirse y vivir reconciliado consigo mismo, confiando plenamente en el amor de Dios, gracia que le rodea y le renueva. (Ez. 36, 25-28)

“Lo que es yo, sólo presumiré de mis debilidades... Por eso, para que no tenga soberbia, me han metido una espina en la carne, un emisario de Satanás, para que me abofetee y no tenga soberbia. Tres veces le he pedido al Señor verme libre de él, pero me contestó: “Te basta con mi gracia,

la fuerza se realiza en la debilidad". Por consiguiente, con muchísimo gusto presumiré, si acaso, de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza del Mesías. Por eso, estoy contento en las debilidades, ultrajes e infortunios, persecuciones y angustias por Cristo: pues cuando soy débil, entonces soy fuerte". (2 Cor. 12, 5.7-10)

- * Sumérgete en la historia terrible del mal en el mundo. Hazla visible a los ojos de tu corazón. Después, date cuenta que tú también eres protagonista. Mírate; baja a tus infiernos personales, allá donde están tus límites y te encuentras roto. Desde ahí mira a Jesús crucificado que te ama locamente.
- * La profesión no es un mérito, sino entrar a vivir plenamente de la gracia en la debilidad. ¿Cómo es tu lucha con el Señor? ¿Desde dónde pretendes vivir? ¿Cuáles son tus debilidades?
- * Ora con los Salmos 50 y 129 y con Baruc 1, 15-3, 8.

TÚ, MI SABIDURÍA

Todos los pueblos tienen su sabiduría expresada consciente o inconscientemente de muchas maneras. Nosotros, hijos de la modernidad, imbuidos de una racionalidad que ha llevado a grandes adelantos a nuestro mundo, no hemos prescindido de la sabiduría. Aparentemente hemos dejado de preocuparnos por el tema; entre nosotros, más que de sabios se habla de técnicos, especialistas, peritos, expertos... pero, en el fondo, late la misma vocación de búsqueda de los antiguos sabios. Consciente o inconscientemente se cultiva la sabiduría.

- La palabra *sabiduría* proviene de la latina *sapientia*, de *sapere*: gustar, percibir, comprender, saborear. Los sabios, en un primer momento, buscan conocer el mundo que les rodea, para poder orientarse mejor y “saber hacer”. A través de una educación progresiva, comprendiendo lo real, se quiere “saber vivir”, adquirir “el arte del bien vivir”. La sabiduría, transmitida de mil maneras, gobierna la sociedad y va regulando los comportamientos.

- En la historia del pueblo de Dios se da gran importancia a la sabiduría, se recoge en los libros sapienciales y atraviesa los demás libros de la Biblia. Es el gran don que Salomón pide y alcan-

za de Dios: “un corazón capaz de discernir el bien del mal”, “una mente sabia y prudente”, “sabiduría y ciencia para gobernar este pueblo” (1 Re. 3, 9.12; 2 Crón. 1, 10). Es uno de los grandes dones que Dios va concediendo a su pueblo.

“Toda la sabiduría viene del Señor
y está con él eternamente.

La arena de las playas, las gotas de la lluvia,
los días de los siglos: ¿quién los contará?

La altura del cielo, la anchura de la tierra,
la hondura del abismo: ¿quién las rastreará?

Antes que todo fue creada la sabiduría,
la inteligencia y la prudencia antes de los
siglos.

La raíz de la sabiduría: ¿a quién se reveló?
la destreza de sus obras: ¿quién la conoció?

Uno solo es sabio: temible en extremo; está
sentado en su trono.

El Señor en persona la creó, la conoció y la
midió,

la derramó sobre todas sus obras;

la repartió entre los vivientes, según su gene-
rosidad;

se la regaló a los que lo temen”. (Eclo. 1, 1-11)

• Y el Eclesiástico continúa diciéndonos que el principio, la plenitud, la corona y la raíz de la sabiduría es el temor al Señor. Éste no es tanto el miedo, cuanto el reconocerle como el auténtico Señor de la vida, lo que nos llevará a conocerle más y a tener una gran confianza y seguridad en Él (aparece bastante en el AT y en el NT la expresión, dirigida al pueblo: “¡No temas!”). La sabi-

duría auténtica es la que viene de Dios, y no la de los que se apoyan únicamente en sí mismos, en sus propias fuerzas (Is. 5, 21; 29, 15ss.). Es don de Dios y es vista como un tesoro, superior a todo, de la que proceden todos los bienes juntos; “los que la adquieren, se atraen la amistad de Dios”, y “entrando en las almas buenas de cada generación, va haciendo amigos de Dios y profetas; pues ama sólo a quien convive con la sabiduría” (Sab. 7, 14.27s.). No es extraño que Job, modelo de cada uno de nosotros, clame: “¿De dónde se saca la sabiduría, dónde está el yacimiento de la prudencia?”. (Jb. 28,20)

• Jesús adopta actitudes, dichos y formas de hablar de los maestros de sabiduría y los oyentes se admiran de esa sabiduría con la que habla y que está acreditada por las obras que realiza (Mc. 6, 2). Incluso va más allá cuando en su lenguaje se atribuye personalmente lo que el AT atribuye a la sabiduría (Mt. 11, 28-30). No sólo nos revela la sabiduría de Dios, sino que él mismo es esa sabiduría. Jesús es la personalización de la sabiduría que estaba oculta en Dios, es el gran don que Dios nos hace para “saber el arte del bien vivir”. Un Jesús en su totalidad y, por tanto, desde la cruz. En ella para nosotros, como siempre ha sido, se encuentra la dificultad y la clave de interpretación:

“De hecho el mensaje de la Cruz para los que se pierden resulta una locura; en cambio, para los que se salvan, para nosotros, es un portento de Dios, pues dice la Escritura:

“Anularé el saber de los sabios, descartaré la cordura de los cuerdos”. (Is. 29, 14)

“¡A ver un sabio, a ver un letrado, a ver un estudioso del mundo éste! ¿No ha demostrado Dios que el saber de este mundo es locura? Mirad: cuando Dios mostró su saber, el mundo no reconoció a Dios a través del saber; por eso, Dios tuvo a bien salvar a los que creen con esa locura que predicamos. Pues mientras los judíos piden señales y los griegos buscan saber, nosotros predicamos un Mesías crucificado, para los judíos un escándalo, para los paganos una locura; en cambio, para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Mesías que es portento de Dios y saber de Dios: porque la locura de Dios es más sabia que los hombres y la debilidad de Dios más potente que los hombres”. (1 Cor. 1, 18-25)

- Todo esto resulta extraño, locura e idiotez (bostezo) para nuestra civilización. Acoger esta sabiduría de Dios sólo puede ser un don que debemos suplicar. Resulta paradójico; así lo dice el mismo Jesús:

“Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla; sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien”. (Mt. 11,25)

* Mira en profundidad “tu arte de vivir”, ¿cómo lo haces cada día?, en esta etapa que te toca vivir ahora; lo que le va dando un talante a tu

comprensión del mundo, a lo que dices, haces y vives. ¿Cuáles son tus principios y actitudes que le presentas y pides a Dios? ¿Desde dónde te sitúas?

- * Carlos R. Cabarrús, dice que los votos se reducen a estar “seducidos por el Dios de los pobres” (ahí está todo). Ante el misterio de la cruz, ¿cómo ves tu profesión? Reza desde las claves de los votos como verdadera sabiduría de Dios.
- * Ayúdate en tu oración sapiencial de los Salmos 1 y 90, y con Is. 52, 13-53, 12 (el cuarto cántico del Siervo, sabiduría y esperanza de los exiliados).

EL CAMINO. MODOS Y MANERAS

La fe en Jesucristo nos lleva a relacionar de alguna manera nuestra vida con la persona de Jesús de Nazaret. Esto no puede ser entendido como una pretensión de imitar a Jesús, ya que su figura de otro tiempo y cultura, nos resulta inabarcable desde muchos aspectos y nos supera. Toda forma de fijar a Jesús en el tiempo supone reducirlo a una serie de prácticas que más o menos se establecen de acuerdo con unos gustos personales o unas modas y ahí, en definitiva, volvemos a vivir una ley y no una persona. Jesús siempre nos supera, nos trasciende. Por eso, la auténtica pregunta cristiana que es “¿cómo hoy puedo seguir a Jesús desde mi realidad?” tiene la respuesta plural del seguimiento personal. Lo decíamos: el seguimiento es la fórmula breve del cristianismo.

- Salvada la tentación imitativa, debemos reconocer que ser cristiano es vivir una experiencia real de camino (así se llamó en un principio Hch. 9, 2; 24, 14) y que ese camino implica conocer, compartir, marcar tu vida de cada día, estar alcanzado por Aquél que es precisamente el Camino (Jn. 14, 6). En Él está la fuente más importante para mirar nuestros modos y maneras concretos de vivir, nuestros usos y costumbres

y no en los altos ideales que a veces nos marcamos. Hoy queremos orar desde ahí precisamente, desde nuestro modo y manera de seguirle en la vida diaria.

- Hay, pues, un cierto “imitar” la vida de Jesús, un “hacer nuestras” sus claves vitales más importantes y sus etapas. Así, vivir con Jesús es vivir desde el Padre y su proyecto de Reino que nos hace hermanos de los demás. Esas son sus claves que viviremos insertos (palabra que cobra profundo significado) en Nazaret (lo escondido y monótono), en la vida pública (anuncio y predicación) y en la pasión. Éstas son las tres etapas de su vida. Pablo nos lo dice todo muy claramente:

“Entre vosotros tened la misma actitud del Mesías Jesús:

Él, a pesar de su condición divina,
no se aferró a su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
haciéndose uno de tantos.

Así, presentándose como simple hombre,
se abajó, obedeciendo hasta la muerte
y muerte en cruz.

Por eso, Dios lo encumbró sobre todo
y le concedió el título que sobrepasa todo
título;
de modo que a ese título de Jesús
toda rodilla se doble
—en el cielo, en la tierra, en el abismo—

y toda boca proclame que Jesús, el Mesías, es Señor,
para gloria de Dios Padre". (Flp. 2, 5-11)

- Camino concreto, con sus claves y etapas y que nos lleva a formas muy reales de vida. Porque sabemos que nada de lo que digamos, por profundo e importante que sea en este campo de la fe y espiritualidad, será verdadero mientras no se le ponga en clave de vida diaria de una forma clara y no oculta, de un modo comunitario y no individualmente. Esto nos lleva a reconocer que necesitamos planes prácticos y plásticos de vida evangélica y de brazos y ganas que los hagan realidad. Esta practicidad con su caudal de astucia, "experteza", vigilancia y cálculos (y no calculismo) es inherente al seguimiento y al mismo Reino. (Mt. 7, 21-27; Lc. 11, 27s.; 16, 1-8)

- Este camino práctico nunca será real si no es desde la aceptación profunda y clara de la realidad de uno mismo. Difícilmente se le puede seguir a Jesús si uno no cultiva como actitud existencial básica el vivir desde la propia verdad.

"Le preguntó Simón Pedro:

-Señor, ¿a dónde vas?

Jesús le respondió.

-A donde yo voy no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde.

Replicó Pedro:

-Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Por ti daría la vida.

Contestó Jesús:

-¿Tú darías la vida por mí? Pues sí, te aseguro que antes que cante el gallo me habrás negado tres veces". (Jn. 13, 36-38)

Tenemos en el texto una catequesis joanea ("negativa", por cierto) en la que vemos el análisis equivocado de Pedro tanto en lo personal, como en lo teológico (el que "da la vida" es Jesús).

Nosotros, viviendo con frecuencia en un mundo de situaciones complejas, y educados en el idealismo, necesitamos adquirir, sin fatalismos ni ensoñaciones, la reciedumbre de un sano realismo personal, espiritual, psicológico y grupal.

- ¿Para qué todo esto? Para conocerse, para reconocerse (mirarse en Jesús) y así, finalmente, asumirse, aceptarse hasta en lo difícil, lo oscuro de uno mismo. Sólo desde ahí podremos vivir la experiencia de la gracia y libertad y la del seguimiento (Col. 2, 6ss); la unión profunda con Jesús (ese vivir en Cristo: Gál. 2, 19-21), que se traduce en actos y proyectos concretos, fruto de su Espíritu, de vivir "al aire de Jesús".

"El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí. Contra esto no hay ley que valga. Los que son del Mesías han crucificado sus bajos instintos con sus pasiones y deseos".

(Gál. 5, 22ss)

- * ¿Cómo se traduce en la práctica tu seguimiento de Jesús? ¿Qué acciones concretas expresan actitudes profundas? Revisa y ora todo lo que ha sido tu proyecto formativo personal. Presenta tus luces y sombras. ¿Dónde está tu “exper-teza”, tu vigilancia en el proyecto de Jesús? ¿Cómo es tu inserción?
- * El religioso está llamado a ser una parábola viva de la presencia de Jesús y el Reino. Ante tu profesión, ¿qué aspectos de la vida de Jesús, sus modos y maneras, te llaman la atención y quieres orar? ¿Qué aspectos te parece que debes encarnar en tu vida y de qué manera? ¿Qué luces y sombras percibes de la Escuela Pía en su vida concreta y quieres orar?
- * Ora desde el salmo 22 y transfórmalo en una oración de tu situación personal, con confianza.

PARTE SEGUNDA

MIRADAS II

Iniciamos aquí un segundo momento de esta ayuda oracional para la profesión solemne. En el primero, hemos profundizado en el seguimiento de Jesús como fundamento de toda forma de vida cristiana y, por tanto, de la vida religiosa. Ahora miramos más detenidamente la forma concreta de seguimiento por la que optamos con la profesión religiosa.

Es bueno volver a recordar que estas hojas no son oraciones, ni siquiera guiones para hacer una oración personal. Han sido pensadas como una pequeña ayuda oracional, un apoyo, una pequeña mirada a nuestra vida desde la que podemos levantar los ojos al Padre. Entrar en ese juego profundo de miradas. Mirada a nuestra vida, porque la oración comienza y termina en ella, en la vida. Mirada la Biblia como palabra inspiradora que ofrece luz y profundo significado a todo lo que vamos viviendo.

Pero ese juego profundo de miradas, sobre todo debe traducirse en encuentro, ya que la oración ante todo es un encuentro con Aquél que habita en lo profundo de nuestra existencia. Por eso, mirar a Dios y dejarse mirar por Él. Mirar a Dios y descubrirle en nuestro camino. Como Juan

de la Cruz que, después de un tiempo en la cárcel y preguntado en qué traía la oración, responde:

“En mirar la hermosura de Dios y holgarme de que la tenga”.

Mirar ese rostro hermoso, oculto, que se nos va desvelando en nuestra vida, tendido hacia nosotros. Mirarle y dejar que Él nos mire. Poner-nos también bajo su mirada, recordando lo que el mismo Juan de la Cruz nos dice:

“El mirar de Dios es amar”.

Creemos que esto, ponerse bajo la mirada de Dios, es tan importante o más que el mirarle. Nos lo recuerda la Iglesia oriental, en la oración con los iconos. Lo importante es dejarse penetrar por la mirada del icono, más que contemplarlo. Esa palabra de amor transformará nuestra vida en los diversos aspectos que vamos poniendo ante sus ojos.

Como escolapios, hemos querido, en este momento de la profesión, poner al niño pobre como nuestro icono particular, aquél que un día sedujo y transformó la vida de Calasanz. Es la mirada de amor que el Padre nos dirige, la imagen plástica que hace presente y vivo a su Hijo. ¡Entremos en ese juego profundo de miradas!

SEDUCIDOS POR EL DIOS PEQUEÑO DE LOS NIÑOS POBRES

- La clave definitiva de la vida religiosa, la que está en el corazón y le afecta a uno profundamente, es la seducción de Dios, a quien hemos visto transfigurado en el caminar de nuestra vida. Nosotros somos seducidos por la belleza y bondad de un Dios que se nos aparece pequeño, en los pequeños de este mundo. Ésa fue, precisamente, la experiencia básica de Calasanz y la que sostiene la vida de todo escolapio. Una experiencia que no se da de una vez para siempre, sino que se hace proceso, diálogo amoroso, a lo largo de toda la existencia. En el fondo, uno va descubriendo al Señor, “traspasado” en la historia, que revela su rostro en los pequeños y que desde ellos convida a la resurrección. Eso fue Santa Dorotea; y a partir de ahí, en el Espíritu, comenzó nuestro caminar escolapio. Aquí se encuentran las fuentes de nuestro ser y obrar.

- Por eso, podemos comenzar contemplando el rostro que hemos descubierto de nuestro Dios. Mirar la experiencia que vamos teniendo de Él para ver su rostro resplandeciente y mirar si ocurre en nuestra vida que hay otros brillos que prenden nuestra atención y nos confunden. Nuestra experiencia muchas veces es semejante a la de Elías:

“Se echó bajo la retama y se durmió. De pronto un ángel le tocó y le dijo:

-¡Levántate y come! Que el camino es superior a tus fuerzas.

Elías se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquel alimento caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios. Allí se metió en una cueva, donde pasó la noche. Y el Señor le dirigió la palabra:

-¿Qué haces aquí, Elías?

Respondió:

-Me consume el celo por el Señor, Dios de los ejércitos, porque los israelitas han abandonado tu alianza, han derruido tus altares y asesinado a tus profetas; sólo quedo yo, y me buscan para matarme.

El Señor le dijo:

-Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar!

Vino un huracán tan violento, que descuajaba los montes y hacía trizas las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento vino un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego se oyó una brisa tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva”.

(1 Re. 19, 5.8-13)

Este pasaje, lleno de vida, nos da la impresión de que Elías no tiene una visión correcta ni sobre Dios, ni sobre sí mismo. Él se considera el dueño de la lucha por Dios (¡y no lo es!); cree que sin él todo estará perdido (¡y no lo estará!); piensa que Dios saldrá perdiendo si él es derrotado (¡y Dios no sale perdiendo!). Elías, como nosotros, necesita descubrir y entrar en la experiencia del murmullo de “la brisa suave”. En ella, en lo inesperado, libre y gratuito, que nos rompa muchas veces los esquemas, descubriremos a un Dios que se nos revela y vive dentro de la historia humana.

- Esa experiencia se nos ofrece, sobre todo, en Jesús de Nazaret. “A Dios nadie lo ha visto nunca; el Hijo único que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (Jn. 1, 18). En él, en sus gestos, palabras, acciones, su vivir y morir, nos encontramos en presencia del verdadero Dios. Somos los que creemos que quien le ve a él, ve al Padre (Jn. 14, 9). Y en esa mirada vemos un Dios cercano, pobre y pequeño, que admite nuestra historia y su pequeñez como algo intrínseco a sí mismo y que admite lo pequeño como su rostro. “Tu poder no está en el número ni tu imperio en los guerreros; eres Dios de los humildes, socorredor de los pequeños, protector de los débiles, defensor de los desanimados, salvador de los desesperados” (Jdt. 9, 11). El poder, la gloria, el esplendor nunca nos permitirán encontrar el verdadero rostro de Dios. Jesús es mesías de los pobres y mesías pobre. “El Dios de Jesucristo (nos lo dicen los obispos vascos) es un Dios identificado con los

pobres y necesitados. El pobre es auténtico sacramento de la presencia de Dios (Mt. 25, 40). La cruz de Jesucristo es para los cristianos la revelación decisiva de Dios... y un Dios crucificado constituye una auténtica revolución y nos obliga a cuestionar todas nuestras imágenes de Dios". Así es nuestro Dios, el que nos ha seducido en el niño pobre, en su impotencia y amor. En él nos convida a permanecer con Él, a participar en su resurrección.

"Llegaron a Cafarnaún, y una vez en casa les preguntó:

-¿De qué discutíais por el camino?

Ellos callaban, pues por el camino habían discutido quién era el más grande. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo:

-Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos.

Y cogiendo a un niño, lo puso en medio, lo abrazó y les dijo:

-El que acoge a un chiquillo de éstos por causa mía, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no es a mí a quien acoge, sino al que me ha enviado".

(Mc. 9, 33-37)

Impresionantes palabras para nosotros escolares. El niño pobre es lugar donde se nos desvela el verdadero rostro de Dios. Un Dios "traspasado", que seduce nuestro corazón.

- * Mira el rostro, la experiencia de Dios en tu vida. Agradécela y pídelas. ¿Cómo es ese rostro? Déjate con los textos citados, ir purificando, trabajando por dentro. Siéntete Elías en el camino de tu vida o uno de los discípulos que iba conversando por el camino. Preséntate y respóndele al Señor.
- * Calasanz, un buen día, llegó a Santa Dorotea y escuchó la brisa suave. Medita en los caminos que le llevaron (por donde Dios le condujo) y sus consecuencias. ¿Por dónde te lleva hoy Dios? Mira los caminos de la Escuela Pía, intercede por ella.
- * Reza el Sal 83, unido a los niños pobres del mundo, pensando que ellos son nuestro templo, morada de Dios.

HACERSE COMO UN NIÑO

- Siempre se ha considerado la vida religiosa como una escuela de espiritualidad. Hoy, en este trabajo orante, miramos nuestra experiencia espiritual, pero desde su centro y claves fundamentales más que desde sus medios y maneras. Entramos en ese aspecto fundamental y profundo de nuestra vida para descubrir cuál es el espíritu que nos anima, desde dónde vivimos. ¿Son todavía nuestros ideales, nuestros deseos de perfección alejados de nuestra auténtica realidad los que nos mueven o nos dejamos llevar y conducir confiadamente por el Dios pequeño de los niños pobres? Miremos nuestra experiencia espiritual llena de momentos, medios, experiencias, pero, sobre todo, fijémonos en sus centros para desde ahí orar.

- Lo decimos de salida. La persona seducida por este Dios de los pobres, acaba deseando ser pequeño, pobre. En su encuentro con la realidad de su ser, delante del Señor, descubre su pequeñez y entiende que es precisamente desde ahí desde donde puede vivir la gracia y el amor que le hacen crecer. Ésta es la experiencia de Israel, en la que se siente como un niño pequeño, cuidado y llevado amorosamente a lo largo de la historia, “como un niño a quien su madre consuela, así os

consolaré yo". (Is. 66, 13). Y ése es el rostro amoroso y misericordioso de Dios que va apareciendo: "Yo enseñé a andar a Efraín y lo llevé en mis brazos, y ellos sin darse cuenta de que yo los cuidaba. Con correas de amor los atraía, con cuerdas de cariño. Fui para ellos como quien levanta el yugo de la cerviz; me inclinaba y les daba de comer". (Os. 11, 3-4).

- El hombre de fe descubre que es precisamente en esa pequeñez donde se encuentra el eje de su proyecto espiritual. Sólo se puede vivir confiando en Dios, como lo hace un niño en su madre. Pocos textos lo expresan mejor que este pequeño salmo, lleno de intimismo, que para alguno es la cumbre espiritual de los salmos de las subidas y de los contemplativos.

"Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad;
sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.
Espere Israel en el Señor
ahora y por siempre". (Sal. 130)

La espiritualidad que transmite este salmo es recia, alejada de pietismos sin base y de infantilismos inmaduros. Nos convida a mirar con realismo nuestra vida, nuestro corazón, pretensiones y deseos, muchas veces escondidos y sote rrados incluso bajo actos aparentemente espirituales.

“¿Qué espero y dónde tengo mi confianza?”, puede ser una pregunta, en oración, llena de realismo. El salmo no deja de lado la confianza, que más que un estado de ánimo es vista como actitud vital de quien pretende vivir coherentemente su fe. El orante toma su vida en las manos y, descubriendo la verdad de sí mismo, asume el mundo con paz y confianza, porque ha encontrado al Dios de los pequeños.

• En Jesús es donde se nos revela más claramente nuestro proyecto espiritual. Su vida es el camino a seguir. En ella tenemos las experiencias clave que debemos vivir. En ella aparece el Dios pequeño que nos ha seducido y que es nuestro camino espiritual y no cualquier otra cosa rara. Como bien nos dice Pablo en Flp. 2, 5-11 (deberíamos rezar frecuentemente este antiguo himno cristiano), el camino de nuestro Dios es un camino de humillación, de vaciamiento, de “kénosis”. Camino hecho en diversas claves, experiencias, que marcan lo que es el camino del discípulo. No puede haber espiritualidad cristiana sin estas claves, sin encarnación, sin esos lugares teológicos que son Belén, Nazaret, Galilea, el anuncio del Reino y la cruz, donde su anonadamiento y elocuencia es mayor. Nuestro proyecto espiritual no tiene otro camino. Lo podríamos resumir en hacerse pequeño, porque sólo así (como Jesús) podemos confesar, manifestar claramente que Dios es nuestro padre y que todos (hasta los ínfimos de la tierra) son nuestros hermanos. Así nos lo dice el mismo Jesús en el evangelio.

“Jesús los reunió y les dijo:

Sabéis que los que figuran como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen, pero no ha de ser así entre vosotros; al contrario, el que quiera subir, sea servidor vuestro, y el que quiera ser el primero, sea esclavo de todos, porque tampoco este Hombre ha venido para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos”. (Mc. 10, 42-45)

Para nosotros, escolapios, hay textos que explicitan todo esto y que resultan, diríamos, casi fundantes, desde el principio de nuestra historia. Textos como Mc. 9, 33-37, Mt. 18, 1-5; Lc. 17, 15-17. En este último se expresa y resume muy bien todo nuestro proyecto espiritual.

“Le acercaban también niños pequeños para que los tocara. Al verlo los discípulos les regañaban. Jesús invitó a que se los trajeran, diciendo:

Dejad que se me acerquen los niños y no se lo impidáis, porque los que son como ellos tienen a Dios por Rey. Os aseguro que quien no acepta el reino de Dios como un niño no entrará en él”.

(Lc.17, 15-17)

* Ora mirando tu experiencia espiritual. Toma en tus manos para poner ante Dios, los momentos que la han ido conformando pero, sobre todo, descubre cuáles son sus ejes, sus claves. Luego, mira y medita las claves que nos presenta Filipenses, como resumen de la vida de Jesús.

- * La profesión escolapia es entrar en el proyecto de ser pequeño, de ir haciendo tuyas las características de los pequeños de este mundo. Sin idealismos ¿qué destacarías? ¿Cómo te ves en este proyecto? Pide y suplica al Espíritu; sin Él no hay nada.
- * Comienza a orar con el salmo 130 y, sintiéndote acogido, confiadamente, termina, unido a los pequeños del mundo, con el Magnificat (Lc. 1, 46-55).

COMUNIDAD: GRACIA Y PROYECTO

- Hacemos nuestra oración desde una de las realidades más importantes y profundas de la vida religiosa. Todos nosotros tenemos una experiencia suficientemente amplia de lo que es la vida comunitaria y es precisamente desde ella desde donde debemos iniciar nuestra oración. Sin duda, la comunidad no es una realidad fácil, ni nunca lo ha sido. Hoy se descubren nuevos valores y dimensiones, pero podríamos decir que no pocas veces continúa siendo una realidad opaca, muchas veces frágil y desconcertada, sin saber responder a lo concreto de la vida y a los problemas que en ella se originan. Pero es bueno que, de inicio, también consideremos la profundidad y lo valiosa que es la vida comunitaria para nuestro ser religioso. Ella no es sólo una realidad importante, sino algo fundamental y constitutivo a la vida religiosa.

- Pero lo primero que debemos decir de la vida comunitaria es que, ante todo, es un don de Dios. La vida comunitaria es gracia, nadie de nosotros tiene poder, capacidad suficiente para mirar a personas tan diversas en edad, ideas, talentos... y hacerlas hermanos. Esto es don de Cristo resucitado:

“Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas atrancadas por miedo a las autoridades judías. Jesús entró, se puso en medio y les dijo:

-¡Paz con vosotros!

Dicho esto, les enseñó las manos y el costado. Los discípulos se alegraron mucho de ver al Señor”. (Jn. 20, 19s.)

Ésa es la imagen de la comunidad cristiana: Jesús que se hace presente en medio de los discípulos, Él es el eje, y la comunidad que vive mirando al Jesús del mensaje, que tanto choca (es el crucificado). Esto nos hace recordar las palabras de D. Bonhoeffer: “Sólo podemos vivir en comunidad por Jesucristo, ni más ni menos”. Cualquier otra razón sería insuficiente y sospechosa. Sólo la palabra de Jesús, pronunciada entre nosotros, es la que forma esta nueva familia de hijos de Dios (Lc. 8, 19-21). Pablo ante una realidad nada idealizada, como es la comunidad de Corinto, así nos lo dice:

“¿Qué es Apolo y qué es Pablo? Auxiliares que os llevaron a la fe, cada uno con lo que le dio el Señor. Yo planté, Apolo regó, pero era Dios quien hacía crecer; por tanto, ni el que planta significa nada, ni el que riega tampoco; cuenta el que hace crecer, o sea, Dios... Es decir, nosotros trabajamos juntos para Dios; labranza de Dios, edificio de Dios sois vosotros. Conforme al don que Dios me ha dado, yo como hábil arquitecto, coloqué el

cimiento, pero otro levanta el edificio. Ahora que, atención cada cual a cómo construye; porque un cimiento diferente del ya puesto, que es Jesús el Mesías, nadie puede ponerlo; pero encima de ese cimiento puede uno edificar con..." (1 Cor. 3, 5-12)

- Tema importante para Pablo (cf. Ef. 2, 17-22) que dirá: "¿Habéis olvidado que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? ...el templo de Dios es santo y ese templo sois vosotros". (1 Cor. 3, 16s). Imágenes profundas y hasta desconcertantes de la comunidad: "labranza de Dios, edificio, templo..." Ellas nos dicen también que, si la comunidad en su fundamento es gracia y don de Dios, en su realización concreta es un proyecto, un trabajo y realidad muy humana (1 Pe. 2, 5). Y esto se traduce en dedicación (de tiempo también), servicio a los demás y corresponsabilidad delante de las cosas comunes. Difícilmente viviremos esto si no nos sentimos servidores dentro de una comunidad de ministerios personales, donde todos tenemos algo o mucho que aportar y también que recibir (1 Cor. 12, 4-31). Pero, sobre todo, necesitamos del amor y el perdón, verdadero corazón de la comunidad (1 Cor. 13). Finalmente, para no movernos sólo en el terreno de las buenas intenciones, es importante crear estilos cotidianos de vida, cuidados y profundos.

"El amor, sin ficciones: aborreced lo malo y apegaos a lo bueno. Como buenos hermanos, sed cariñosos unos con otros, rivalizando en la estima mutua. En la actividad no os echéis atrás; en el espíritu manteneos fervientes, siempre al servicio

del Señor. Que la esperanza os tenga alegres, sed enteros en las dificultades y asiduos a la oración; haceos solidarios de las necesidades de los consagrados; esmeraos en la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen; bendecid, sí, no maldigáis. Con los que están alegres, alegraos; con los que lloran, llorad. Andad de acuerdo unos con otros; no penséis en grandezas, que os tire lo humilde; no mostréis suficiencia". (Rom. 12, 9-16)

De esta forma, viviendo en el día a día esta entrega, ofrecemos un culto auténtico a Dios (Rom. 12, 1s). Modos y maneras profundamente humanas y cristianas, que revelan nuestra calidad de discípulos, y que debemos cuidar y cultivar para que los valores de este mundo no reduzcan nuestras comunidades a unas instituciones meramente humanas, vacías de sentido y significado religioso. La comunidad es algo más que una ventaja para la misión. Ella misma es anuncio, pequeña parábola que hace presente el evangelio del Reino.

* Es importante iniciar nuestra oración desde la experiencia comunitaria que tenemos, recordando, con sus luces y sombras, personas y vivencias que nos han ido conformando. Después, sin moralizar, ni caer en falsos idealismos, en plan orante y dejándose inspirar por ellos, leemos los textos-síntesis del libro de los Hechos (2, 42-47; 4, 32-35; 5, 12-16)

* Orar desde el niño pobre como palabra que el Espíritu pronuncia en medio de nosotros y nos

reúne como hermanos. Situarse delante de él, como el crucificado-resucitado, y unido a los hermanos orar al Padre, desde nuestros miedos, deseos, dolores y estilos concretos de vida.

- * La profesión nos une a una comunidad provincial concreta; vamos a orar en comunión con y por ella, apoyados en el Sal. 132 y en la oración de Jesús en Jn. 17.

TESTIGOS EN ESTE MUNDO

- Ante lo que es el anuncio del evangelio en nuestro mundo, uno se siente pequeño, falto de fuerzas, terriblemente frágil. Se repite lo que a lo largo de la historia ha sido la experiencia de los creyentes, recogida en muchas de las narraciones bíblicas de vocación (Jr. 1, 4-10 es un buen ejemplo). Pero la esencia de toda vocación alberga en sí misma la misión, el anuncio. Dios llama y al mismo tiempo envía. Ocurre también con Jesús que, consagrado por la fuerza del Espíritu, hace presente en Galilea, en su Nazaret cotidiano, las palabras de gracia del Señor (Lc. 4, 14-21) y las señales de que es el Mesías esperado (Lc. 7, 18-23); de que algo nuevo irrumpe con Él en nuestra vida.

- Nosotros, discípulos de Jesús, nos sentimos igualmente llamados y enviados a hacer presente el evangelio del Reino en medio de este mundo. Pero poder hacer esto es una gracia. Nadie por sus fuerzas, sus cualidades o el temperamento, ni siquiera por las necesidades del mundo u otra circunstancia, es capaz de hacer presente a Jesús y al Padre. Esto es un don del Espíritu y, por tanto, una gracia. Nos lo recuerdan los evangelios.

“Por aquel entonces exclamó Jesús:

Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla; sí Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien.

Mi Padre me lo ha enseñado todo; al Hijo lo conoce sólo el Padre y al Padre lo conoce sólo el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar”.

(Mt. 11, 25-27)

Podemos decir, imitando a Bonhoeffer, que sólo podemos ser misioneros, evangelizadores, por Jesucristo, ni más ni menos. Es ÉL, quien nos envía a todos (Mt. 28, 16-20), prometiendo que estará con nosotros cada día, hasta el fin del mundo. Él es el principio de la misión y a quien miramos (Mt. 12, 15-21) para aprender los modos y maneras de llevarla a cabo.

“Cuando acabó de lavarles los pies se puso otra vez el manto y les dijo:

—¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y con razón, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros, porque os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que yo he hecho. Sí, os lo aseguro: un criado no es más que su amo ni un enviado más que el que lo envía. ¿Lo sabéis? Pues dichosos vosotros si lo cumplís”.

(Jn. 13, 13-17)

La misión, recibida de Jesús, por medio del Espíritu Santo es encomendada a la comunidad. Por eso Pentecostés es inicio de la comunidad y de la misión. La comunidad es la depositaria y la garante de la misión (Hech. 13, 1-3); en ella el Espíritu suscita las formas de ejercerla, siempre sirviendo a los demás (ministerios).

- El discípulo, ante semejante tarea se encuentra frágil, pequeño. Por eso, su oración es la de pedir “valentía” (“parresía”) para anunciar el mensaje (Hech. 4, 29-31), para alentar la evangelización. Coraje y audacia, porque se siente ante una tarea excesiva y desproporcionada. Pero, por encima de voluntarismos, en el fondo lo que se le pide es ser “cooperador de Dios” (1 Cor. 3, 9), testigo de su acción en medio de nosotros. Esa es la definición que hacen de sí mismos los primeros discípulos (Hch. 1, 8; 3, 16; 4, 33). Son, somos, testigos, personas que hablan de una experiencia que han tenido, o tienen. No hay testigo sin experiencia. Por eso lo más valioso, lo que les hace ser así, es esa experiencia de Alguien que está vivo, y con quien comparten la vida. Hay un texto, con un precioso juego de miradas, que expresa lo que decimos:

“Un día subían Pedro y Juan al templo al tiempo de la oración de media tarde, cuando vieron traer a un lisiado de nacimiento... Al ver entrar en el templo a Pedro y Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se le quedó mirando y le dijo:

-Míranos.

Clavó los ojos en ellos, esperando que le dieran algo. Pedro le dijo:

-Plata y oro no tengo, lo que tengo te lo doy; en nombre de Jesús Mesías, el Nazareno, echa a andar.

Agarrándolo de la mano derecha, lo incorporó. En el acto se le robustecieron las piernas y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios”.

(Hch. 3, 1-9)

- Nosotros somos los que queremos vivir en nombre de “Jesús, el Nazareno”, porque en Él experimentamos más vida. Y como religiosos escolapios nos sentimos llamados a la frontera, al desierto y a la periferia de un niño pobre que es sacramento de Dios. Esa es nuestra experiencia, nuestra entrada en el templo, nuestro evangelio. Ahí es precisamente donde el Espíritu nos ha llevado para anunciar la salvación, para resucitar, traer (educere) más vida, educar. Y esto mediante diversos servicios, ministerios, (uno de ellos, sin duda, el de la docencia). Hoy, llamados a reanimar la pasión por la misión, sabemos que en el mar de circunstancias en que la Escuela Pía se mueve, lo importante es la presencia de Jesús. Entonces la pesca será abundante y la noche no nos agotará (Jn. 21, 1-14).

- * ¿Cómo me veo en la misión?, ¿qué experiencias tengo? Es importante pedir la gracia y la fortaleza para vivir como testigo en el mundo de hoy. ¿Encuentro y descubro el ministerio que voy a ejercer en la comunidad? Puedo iluminar toda esta experiencia desde los textos de llamada y envío de Lc. 10, 1-12.17-24; Mt. 9, 35-10,15.
- * El Concilio dice en Lumen Gentium 44: “la profesión de los consejos evangélicos, aparece como un símbolo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia”. La profesión de unos votos es gracia, nadie por sí solo es capaz de vivirlos. Ante ella ¿cómo me veo, como signo?. ¿Qué parábola le pido a Dios proclamar con mi vida?
- * Ora con los Salmos 125 y 84 ante la vocación misionera a la que somos llamados.

TÚ ERES MI HEREDAD

Mirar el voto de pobreza nos lleva, por una parte, a no considerarla (lo que ha sido habitual hasta nuestros días) como apenas una virtud más, ni siquiera como la de la austeridad. Por otra parte, supone tener visiones positivas sobre lo creado (“¡...y vio que todo era bueno!” (Gn. 1, 2. 19) y asumir que el uso de bienes materiales, lo económico, es una dimensión de nuestro existir. Mirar el voto de pobreza, finalmente, nos hace entrar en todo ese mundo de lo material, del trabajo (su obtención), y de todo tipo de relaciones que de ello se origina entre las personas, las comunidades y los países. Teniendo todo esto presente, intentamos educar nuestra pulsión, nuestro deseo y necesidad de utilizar y poseer bienes materiales, desde la experiencia central de la fe. Pretender, por medio de una disciplina o una ideología, negar la relación con lo material o querer reprimir el deseo del uso de bienes materiales, parece más bien inútil e infantil. En el fondo de lo que se trata (y aquí está la profundidad del voto) es de educar nuestro deseo (nuestro corazón), reorientándolo desde la experiencia central de alguien, Jesús, que nos ha cautivado. Desde Él es como conformamos nuestra relación con los bienes materiales y con todo el mundo de relaciones que alrededor de ellos se originan.

- La pobreza religiosa parte de la experiencia de haber encontrado lo importante, lo que satisface, la fuente que hace que lo demás sea visto con otros ojos. Esta experiencia se manifiesta en un sentimiento de satisfacción, felicidad personal (todo lo contrario de envidias, celos, añoranzas y amarguras), porque uno ha encontrado lo que buscaba en la vida y hasta le parece demasiado. Lo dice muy bien la parábola.

“Se parece el reinado de Dios a un tesoro escondido en el campo; si un hombre lo encuentra, lo vuelve a esconder y, de la alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo aquel.

Se parece también el reinado de Dios a un comerciante que buscaba perlas finas; al encontrar una perla de gran valor, fue a vender todo lo que tenía y la compró”. (Mt. 13, 44-46)

La pobreza, pues, en primer lugar, es algo positivo y no apenas renuncia. El hombre de fe ha encontrado su riqueza en el Señor y esto hace que encare la existencia centrado, apoyado en Él, y sin agobios, con una “cierta despreocupación”, “liberación” (no es alienación), ni desentenderse de la riqueza. Podemos ver bien todo esto en Mt. 6, 19-34 (contemplantarlo desde lo hondo de nuestra vida y “franciscanamente”). En segundo lugar, el hecho de decir que Jesús es nuestro tesoro, es ante todo gracia. Nosotros podemos y debemos cultivar, con nuestro esfuerzo, modos y maneras del reino, del propio Jesús (las vemos en el Jesús de Belén, o Nazaret, en el del camino que no tiene donde reclinar la cabeza, el de la cruz...). Modos

que, por otro lado, han cautivado a muchos cristianos (a los fundadores) en la historia. Una pobreza profundamente substancial (kenótica) (Flp. 2, 6-11), antes que vivencial (2 Cor. 8, 9ss.), pero que nos lleva a actitudes concretas y reales de solidaridad, justicia, fraternidad, acogida, servicio... en la vida.

- La vida religiosa toma todo esto muy en serio y un poco al pie de la letra. Se siente una pequeña minoría apartada y que en su vocación ha descubierto que Dios es su riqueza (Mc. 10, 21). Se ve caminando cerca del Señor, como siguiendo los pasos de la tribu de Leví que, en el reparto de la tierra prometida, no recibe nada porque su heredad es el Señor.

“En aquella ocasión el Señor apartó a la tribu de Leví para que llevara el arca de la alianza del Señor, estuviera a disposición del Señor para servirle y para que bendijera en su nombre, y así hacen todavía hoy. Por eso el levita no recibe parte en la heredad de sus hermanos, sino que el Señor es su heredad, como le dijo el Señor, tu Dios”.

(Dt. 10, 8-9)

Quizá la mejor expresión de esta vivencia, hecha oración, la encontramos en el Salmo 15:

“Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: “Tú eres mi bien”.

Los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.

Multiplican las estatuas
de dioses extraños;

yo no derramaré sus libaciones con sus manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.
El Señor es el lote de mi heredad y mi copa,
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.
Bendeciré al Señor que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.
Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena:
porque no me entregarás a la muerte
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.
Me enseñarás el sendero de la vida
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha". (Sal. 15)

- * Podemos comenzar nuestra oración situándonos en medio de este mundo de consumo, que nos invade a todos, y ver las parábolas del tesoro y la perla. ¿Hasta dónde llega nuestra alegría, nuestra convicción de que hemos encontrado nuestro tesoro? ¿En el fondo dónde pongo mis seguridades y alegrías? ¿Cómo me relaciono con las cosas y cómo influye todo esto en el deseo que tengo? ¿Qué significa la pobreza para mí?
- * La profesión en la Escuela Pía es ser "pobre de la Madre de Dios". La pobreza ha sido un elemento característico y piedra de toque de la

Orden. Orar todo esto. ¿qué significa?, ¿cómo me veo?, ¿qué pido? ¿Dónde está nuestra heredad? ¿Qué riquezas que has descubierto en la Orden agradeces al Señor?

- * Haz una oración como pobre con la primera bienaventuranza y apoyado en los Salmos 68, 30-37 y 72.

COMPARTIR CON LOS POBRES

El principio del voto de pobreza es hacer de Dios el tesoro, la riqueza de la vida de uno. Esto no es algo simplemente espiritual, sino que afecta profundamente los modos de vida y las relaciones personales. Tener a Dios por el tesoro de la vida, es saberse rico y considerar las cosas como sobreabundancia, como algo que Él nos regala y que compartimos con las demás personas. Descubrimos una dimensión comunitaria de todas las cosas que nos rodean. Dimensión que nos lleva a compartir. Por eso la vivencia de la pobreza no se expresa sólo en una relación con las cosas, sino sobre todo con las personas en cuanto compartimos con ellas porque Dios es el centro, el tesoro común.

Vivir la pobreza nos lleva a compartir, a tener en común todo, para que seamos más hermanos y brille así el rostro del Padre. Lo entendían muy bien las primeras comunidades, que por encima de falsos idealismos, buscaban tener todo en común.

“En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie consideraba suyo nada de lo que tenía. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucha eficacia; todos ellos eran

bien mirados, porque entre ellos ninguno pasaba necesidad, ya que los que poseían tierras o casas las vendían, llevaban el dinero y lo ponían a disposición de los apóstoles; luego se distribuía según lo que necesitaba cada uno". (Hch. 4,32-37)

La pobreza nos lleva a compartir y hacer comunidad. Hace años se miraban sobre todo las cosas materiales, pero en nuestra forma de vivir deberíamos pensar también en los conocimientos, las cualidades, el tiempo, la presencia física y otras realidades, que a veces no compartimos con la comunidad. Esto se traduce en una vida de sencillez y trabajo, atendiendo a los necesitados sobre todo. Lo dice Pablo en Éfeso:

"Ahora os dejo en manos de Dios y del mensaje de su gracia, que tiene poder para construir y dar la herencia a todos los consagrados. No he deseado dinero, oro ni ropa de nadie; sabéis por experiencia que estas manos han ganado lo necesario para mí y mis compañeros. En todo os he hecho ver que hay que trabajar así para socorrer a los necesitados, acordándonos de las palabras del Señor Jesús: "Hay más dicha en dar que en recibir". (Hch. 20, 32-38)

La pobreza, lo decíamos, nos lleva a educar las relaciones que se originan alrededor de los bienes materiales (relaciones laborales, sociales, políticas...). Relaciones que producen ese gran mundo de miseria e injusticia que hay en la tierra. Ante esta realidad no podemos sino tener los sentimientos del mismo Dios, compartir comenzando por los pobres. Así aparece el ros-

tro de Dios, sus modos y maneras son muy claros. Él es alguien que no puede, ni quiere, ser parcial, que escucha y acoge al pobre (Eclo. 35, 14-26; Is. 41, 7), lo defiende. Lo ama tanto que Él mismo se hace pobre. Nuestro Dios es el Dios de los pobres, un Dios pobre, identificado con ellos.

El pobre es no sólo el preferido de Dios, sino su sacramento, su lugar teológico, allí donde nos encontramos fácilmente con Él. En Mt. 25, 31-46. (en el juicio de las naciones) se nos dice claramente que “cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos más humildes, lo hicisteis conmigo”. Así, el pobre pasa a ser para el creyente vicario de Cristo. Por todo esto, la opción por los pobres es algo básico y fundamental en la vida del cristiano. No podemos seguir a Jesús sin que el pobre “pese”, “signifique” algo en la vida de cada uno. Lo contrario de la parábola del rico y Lázaro:

“Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino y banqueteara todos los días espléndidamente. Un mendigo llamado Lázaro estaba echado en el portal, cubierto de llagas; habría querido llenarse el estómago con lo que tiraban de la mesa del rico; más aún, hasta se le acercaban los perros a lamerle las llagas. Se murió el mendigo, y los ángeles...” (Lc. 16, 19-31)

La opción preferencial por los pobres, tanto por parte de Dios y de Cristo como por parte de la Iglesia, no sólo no compromete la universalidad del mensaje cristiano, sino que lo hace posi-

ble. Esta opción se puede vivir de muchas formas, pero debemos decir que no de cualquier manera. La vida religiosa ha nacido, también la Escuela Pía, con una exigencia profunda y clara en este campo. Deberíamos mirar seriamente si no nos movemos por opciones poco claras y sencillas. Todos debemos trabajar por los pobres desde nuestra vida y esfuerzos diarios, pero hay que buscar mucho más. Trabajar con ellos directamente, dedicándoles nuestra vida y trabajo, debería ser normal. Y llegar, finalmente, a cultivar modos de inserción, como algo nuevo que el Espíritu va descubriendo a algunos y que lleva a vivir como los pobres. Aquí ya se comparte todo, la vida y el trabajo, los sueños y modelos, y sobre todo uno se deja enseñar por ellos y aprende a ser pobre, preferido de Dios. Ellos se transforman en los evangelizadores, auténtico sacramento de Dios. Maneras y formas que nos llevan sobre todo a vivir desde el amor, que se manifiesta en compartir, entregar la vida.

“Hemos comprendido lo que es el amor porque aquél se desprendió de su vida por nosotros; ahora también nosotros debemos desprendernos de la vida por nuestros hermanos. Si uno posee bienes de este mundo, y viendo que su hermano pasa necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos, no amemos con palabras y de boquilla, sino con obras y de verdad”. (1 Jn. 3, 16-18)

- * Presentarle al Señor la comunidad, lo que se comparte y sus necesidades. Orar desde la experiencia de pobreza comunitaria, desde el trabajo, desde cada hermano como un don.
- * Mirar la realidad terrible de la miseria e injusticia humanas en el mundo. Ponerse ante casos concretos. Pedirle al Señor que ilumine nuestra opción por los pobres, nuestros propios deseos, y agradecerle lo que nos concede. ¿Es el niño pobre el tesoro de tu vida, la riqueza que deseas y que busca tu comunidad?
- * Identificado con los pobres y desde la pobreza personal de uno, orar apoyándose en los Salmos 33 y 145.

TÚ ERES MI AMADO

“Nuestros sabios, bendita sea su memoria, miran de reojo al único célibe, que se sienta con ellos y se entretienen en una de sus frecuentes discusiones:

–Quien no se casa mengua la imagen del Santo, bendito sea su Nombre, pues está escrito: «A imagen de Dios los creó; hombre y mujer los creó»”.

–Quien no se casa y no engendra hijos es como si hubiera derramado sangre, pues está escrito: «creced, multiplicaos, llenad la tierra».

El sabio célibe, achicando los ojos al sonreír, entre tímido y malicioso, les dice:

–Quien no se casa ni piensa en engendrar hijos, disminuye la imagen del Santo, bendito sea su nombre, y es un asesino, pues están escritas las dos cosas, una detrás de la otra.

Quitándose la palabra unos a otros, casi a coro, le contestan todos los demás:

–Hay quien habla mal y vive mal; quien habla mal y actúa bien. Pero tú hablas bien y actúas mal.

Alzando los hombros, contesta:

–Y, ¿qué puedo hacer, si me he enamorado de la Torá? Que piensen otros en casarse y engendrar hijos. Como Jacob que ha dado la vida a todas nuestras tribus”.

Iniciamos con esta narración talmúdica nuestra mirada sobre la castidad. Desde ella podemos destacar dos cosas. La primera es que estamos ante una realidad profundamente humana, que hace referencia a ese mundo rico y poderoso que constituye nuestra afectividad, nuestra sexualidad. Algo que constituye una dimensión de nuestro ser y una de las fuerzas vitales más profundas y fuertes, humana y religiosamente hablando; una profunda realidad que hace parte de las fuentes de nuestra existencia. Pero también, y no podemos ser ingenuos en nuestro mirar, un mundo complejo y a veces oscuro, y que no pocas veces se nos revela más fuerte que nosotros mismos. Mirando la fuerza que subyace en él, con el propósito de educarla y dirigirla, nos descubrimos humildemente como pequeñas y frágiles criaturas. Nos situamos, pues, ante todo ese profundo y variado mundo de nuestra afectividad, laberinto lo llama G. Faus, para situar nuestra vivencia de la castidad. Ésta, a primera vista, nos resulta una realidad dura, humana y bíblicamente (Eclo. 36, 26-31), difícil de explicar.

- La segunda cosa que podemos destacar de la narración talmúdica, es que vivir la castidad es un don. Uno se encuentra que ha llegado a ella a través de diversos caminos, y quizá hasta no sabe muy bien explicar lo sucedido. En la castidad lo

primero es una vivencia y luego viene el pensar sobre ella. Y aunque los caminos pueden ser variados, todos ellos se asientan sobre una profunda experiencia de seducción de la persona de Jesús y su Reino. Esta atracción que ellos ejercen afecta profundamente la cualidad y totalidad de nuestra existencia y nos hace comprender que sólo podemos vivir la afectividad como célibes. Porque la verdad es que no hay principios ascéticos, ni ideológicos que puedan sostener una afectividad célibe. La base es algo místico, una experiencia que nos ha acercado al misterio de un Dios que se nos comunica y seduce. Es el lado positivo de la seducción, algo que apasiona, personaliza y hace que uno no encuentre sosiego en otros amores, aunque sean maravillosos. Humanamente hay una pérdida, sin duda; pero lo primero es algo profundamente positivo y fecundo. Lo expresa Jeremías:

“Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste, me violaste. Yo era el hazmerreír todo el día, todos se burlaban de mí. Si hablo, es a gritos, clamando «¡violencia, destrucción!»; la palabra del Señor se me volvió escarnio y burla constantes, y me dije: «no me acordaré de él, no hablaré más en su nombre». Pero la sentía dentro como fuego ardiente encerrado en los huesos: hacía esfuerzos por contenerla y no podía”.

(Jr. 20, 7-9)

A lo largo de toda la Biblia, encontramos ese amor de Dios que sale al encuentro de su pueblo, lo enamora, lo llena de alegría y vive como una boda. En el *Cantar de los Cantares* se ha visto esa

experiencia amorosa llena de pasión.

“Yo soy de mi amado y él me busca con pasión”.

“Mi amado es mío y yo soy suya”. (7, 11; 2, 16)

- Esta es la misma experiencia que vive y expresa Jesús en su vida y que choca de tal forma a su sociedad, que tendrá que dar explicación de su actitud de “eunuco”. Parece que ésa es la situación que subyace al texto de Mateo.

“No todos pueden con eso que habéis dicho, sólo los que han recibido el don. Hay eunucos que salieron así del vientre de su madre, a otros los hicieron los hombres y hay quienes se hacen eunucos por el Reino de Dios”. (19, 11s.)

A Él lo que le apasiona es lo de su Padre (Lc. 2, 48s.). Ése es el amor primero, que le marca a lo largo de su vida, y que origina un proceso de estar agarrado por “las cosas de mi Padre”, por el Reino. Proceso de amor que le lleva a descubrir al Padre en el camino, en los rostros de los pobres, de los pequeños, y en los momentos silenciosos e íntimos de una oración densa y fuerte.

- La vida religiosa se mueve por esos caminos de Jesús. Le sigue al Cordero a donde quiera que vaya (Ap. 14, 1-5). Entiende que otros pueden vivir la afectividad de formas normales y acepta la “anormalidad” como signo elocuente de lo de Dios, de un amor que llena y plenifica a la persona, que ¡sólo Dios basta!

“Igual que mi Padre me amó os he amado yo.

Manteneos en ese amor que os tengo... Os dejo dicho esto para que compartáis mi alegría y así vuestra alegría sea total". (Jn. 15, 9-11)

- * Podemos iniciar nuestra oración mirando (sin moralismos) el mundo de nuestra afectividad para acercarla al Señor. ¿Cómo la vivimos? ¿Cómo es nuestro proceso, nuestras experiencias y relaciones? Ora desde la bienaventuranza: Mt. 5, 8.
- * Contempla la vida religiosa como seducción por un amor. ¿Cómo han sido los amores primeros que me han acercado a esta forma de vida? ¿Cómo los vivo y cultivo? Me alegro en el Señor ¿cómo celebro el amor? ¿Dónde encuentro y vivo el placer? ¿Cómo vivo la soledad (no el abandono y aislamiento)?
- * ¿La profesión la vivo como una boda (así es vista en la tradición oriental)? La puedo rezar así con el Sal 44 y con Is. 61, 10-62, 5

EN TI, MI FECUNDIDAD

La vivencia de Dios como amor personal y personalizador es algo humanamente tan “escandaloso e imposible” que parece se mueve entre la represión y la ingenuidad. Ciertamente hay maneras y momentos de vivirla en que lo que predomina es el lado ascético y duro. También es cierto que a veces se manifiesta en formas personales desconfiadas, hechas a base de “noes”, control y precauciones, delante de toda relación y manifestación de sentimientos (otros, quizá ingenuamente, caminan por el lado opuesto). Pero, de modo general, se vive con gozo y normalidad aunque ¡cómo nos cuesta a los hombres manifestar, asumir nuestros sentimientos, lo afectivo!. Movidos por una educación antigua y por una mentalidad actual tendemos a cerrarnos, a estar vigilantes. Y un amor que se cierra y no se cultiva se destruye y pierde su fecundidad, mientras que, si se abre de alguna forma, origina vida. “Lo inaudito, la anormalidad” de la castidad es que Dios sea nuestro amor personal y nuestra fecundidad. Algo de “imposible” que está en la raíz de la experiencia de fe. Lo vemos en Abrahán:

“Abrahán recibió en una visión la palabra del Señor:

-No temas, Abrán; yo soy tu escudo y tu paga será abundante.

Abrán contestó:

-Señor ¿de qué me sirven tus dones si soy estéril y Eliezer de Damasco será el amo de mi casa? Y añadió:

-No me has dado hijos, y un criado de casa me heredaré.

Pero el Señor le dijo lo siguiente:

-No te heredaré ése; uno salido de tus entrañas te heredaré. Y el Señor le sacó afuera y le dijo:

-Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes. Y añadió:

-Así será tu descendencia.

Abrán creyó al Señor y se le apuntó en su haber.

El Señor le dijo:

-Yo soy el Señor que te saqué de Ur de los caldeos". (Gn. 15, 1-7)

La experiencia de seducción por el Señor se manifiesta en fecundidad. Es tan fuerte el amor de Dios que se desborda. Porque Dios, amor personal, no le encierra a uno en sí mismo, sino que le abre a su proyecto para este mundo. Lo hace en dos direcciones, dos claves que se relacionan y complementan.

- La primera es la comunidad. La castidad exige y nos lleva a compartir ese amor con nues-

tros hermanos. Porque el origen de la comunidad está en el amor de Dios que nos ha seducido y porque vivimos en comunidad, no por la carne o la sangre, o por una ideología, sino porque alguien nos ha amado primero. El amor de Cristo, derramado en nuestra vida, es lo único capaz de hacernos hermanos. La comunidad lo hace visible, es signo que hace creíble lo que decimos y hacemos. Vivir la castidad nos lleva a construir comunidad, ella es nuestra referencia humana y espiritual (hogar, taller y Escuela Pía). Por eso, negativamente, diríamos que quien no sabe vivir en comunidad, no tiene vocación para el celibato. Pero, además, la comunidad no es sólo tarea, es ámbito de amor, de crecimiento y manifestación de ese amor, creando un ambiente de afecto, delicadeza, respeto, amistad... donde amamos y somos amados, superamos la soledad, el aislamiento, el abandono. Afecto y ternura que encontramos en las primeras comunidades (Hch. 20, 36-38). La carta a los Filipenses rezuma expresiones de ternura:

“Doy gracias a Dios por todo lo que recuerdo de vosotros; cada vez que pido por todos vosotros siempre lo hago con alegría”.

“Bien sabe Dios con qué cariño humano os echo de menos”.

“Hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, mis amigos, manteneos así fieles al Señor”. (1, 3.8; 4, 1)

- La otra dirección o clave, hacia la que se dirige el amor que le ha seducido a uno, es la

misión. No se vive la castidad, si uno no vive plenamente la misión. La pasión por Dios es pasión por su causa en este mundo, por el Reino. La castidad, lo dice J. B. Metz, es la expresión de un insaciable anhelo por “el día del Señor”, el día de la manifestación del Reino. Es tomarse tan en serio el Reino que uno quiere ya vivir en él. La castidad se debe transformar en dinamismo de ese Reino, haciéndolo presente. El hombre de un solo amor, seducido por Dios, se transforma así en el hombre del amor a todos. El amor de Dios le expande, le lleva a descubrir las semillas del Reino en todo ser y de forma especial en los pobres, en todo ese inmenso mundo del desamor que nos rodea (personas abandonadas, solas, rechazadas que nadie quiere, fracasadas en el amor, que no cuentan para nadie en la vida). Eso porque el dinamismo de Jesús, que es el dinamismo del Reino, es kenótico, de servicio, hacia lo más humilde (aquí castidad y pobreza se dan la mano). Somos llamados a dar vida, a hacer crecer la vida, donde parece que no la hay. En la misión se realiza una “paterinidad especial”. Lo dice muy bien Pablo:

“No os escribo esto para avergonzaros, sino para llamaros la atención como a hijos míos queridos, porque como cristianos tendréis mil tutores, pero padres no tenéis muchos; como cristianos fui yo quien os engendré con el evangelio”.
(1 Cor. 4, 14-16)

En la misión, muchos hemos sido educados a amar a la gente trabajando por ella. Hoy es muy

importante que aprendamos a trabajar amando a los demás, porque hay un amor que nos sobrepasa y seduce. Como escolapios, de un modo especial, trabajando en ese mundo del desamor presente de mil formas en la infancia, pero de un modo especial en el mundo terrible de los niños pobres (palabra y don que Dios nos hace). ("A ti se te encomienda el pobre, tú socorres al huérfano", dice la liturgia de S. José de Calasanz). En ellos está nuestra fecundidad, nuestra riqueza, gloria y alegría (1 Tes. 2, 19s.).

- * ¿Cómo vives tu castidad? ¿Hacia dónde diriges tu amor? ¿Cómo ves la fecundidad de tu vida? Reza la promesa de unos hijos, de una paternidad, y vivir el amor de una sola dirección.
- * Ora desde las relaciones de comunidad, desde todo ese mundo complejo y a veces opaco. Présentalo a Dios y descubre los detalles de amor. Haz lo mismo con tu experiencia de misión. ¿Cómo anda tu pasión por la misión, el anhelo del día del Señor? Entra en el mundo del desamor, vete tomando los rostros concretos que conoces y ora con esas personas a Dios. Son las preferidas.
- * Ora tu fecundidad con Is. 54, 1-10, y bendice a todos con el Sal. 127, que usamos como bendición nupcial. Aplícatelo.

TU VOLUNTAD ES MI DELICIA

Actualmente con la obediencia nos sucede algo muy curioso. Hace unos años se hablaba mucho de ella y se cuestionaba más de una cosa y hoy en día, curiosa o sospechosamente, apenas se habla del asunto. Sin embargo, la obediencia es y continúa siendo una clave fundamental del seguimiento de Jesús y de la vida religiosa. Por eso, al comenzar esta mirada orante, nos podríamos situar ante el tema y comenzar contemplando un lado profundamente humano que la conforma y constituye. Obedecer no es fácil y a veces es duro. Todos tenemos una serie de estructuras psicológicas, cognitivas y sociales que determinan y cualifican nuestra vivencia de la obediencia. Experiencias vitales sobre lo que puede ser la norma, la ley y la autoridad. Experiencias familiares (con la figura paterna), incluso vivencias sociales y políticas del grupo y la autoridad que nos marcan en este tema. ¿Cómo me veo? ¿Cuáles son las bases desde donde actúo? Y lo que es más importante: ¿desde dónde vivo?, ¿desde mí mismo, totalmente autónomo, o admito a otro que normalice mi vida? Esto ¿hasta qué punto es realidad? Supone descentrarse, verse pequeño (aquí tocamos la pobreza) y que necesito de alguien (y esto sin pasotismos, ni faltas de autoestima). Así se ha visto el creyente en su intimidad con Dios, hasta tal punto que ha orado así:

“Tu palabra, Señor, es eterna,
más estable que el cielo;
tu fidelidad de generación en generación...
si tu voluntad no fuera mi delicia,
ya habría perecido en mi desgracia;
jamás olvidaré tus decretos,
pues con ellos me diste vida;
soy tuyo, sálvame,
que yo consulto tus leyes...
Cuánto amo tu voluntad:
todo el día la estoy meditando...
¡qué dulce al paladar tu promesa!:
más que miel en la boca...
Lámpara es tu palabra para mis pasos,
luz en mi sendero...
tus preceptos son mi herencia perpetua,
la alegría de mi corazón...” (Sal. 118, 89-112)

- Jesús vive al Padre, como una experiencia de relación personal profundamente amorosa. Él descubre la voluntad del Padre que se concreta en un proyecto, el Reino, en el que se contempla al mundo como una familia. Todo esto le anima y libera; lo vive como buena noticia, aunque no sabe todo y debe descubrir las mediaciones y los modos concretos de hacer presente este proyecto. Jesús tampoco conoce los costos personales de todo esto, pero la voluntad de Dios para Él es clave, es su alimento:

“Para mí es alimento cumplir el designio del que me envió y llevar a cabo su obra”. (Jn. 4, 34)

- El discípulo de Jesús, igualmente, busca hacer la voluntad de Dios en este mundo. Y esto

está en la base de la obediencia de la vida religiosa, que no es otra cosa que una mediación para ayudarnos a buscarla y realizarla. Por eso, quizá, Jesús mismo comienza desmontando nuestras ideas excesivamente vinculadas en este tema a la figura de la autoridad:

“Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar «señor mío», pues vuestro maestro es uno solo y vosotros todos sois hermanos; y no os llamaréis «padre» unos a otros en la tierra, pues vuestro Padre es uno solo, el del cielo; tampoco dejaréis que os llamen «directores», porque vuestro director es uno solo, el Mesías. El más grande de vosotros será servidor vuestro”. (Mt. 23, 8-12)

La obediencia religiosa busca en primer lugar la voluntad, el proyecto, de Dios Padre que nos ama por encima de todo. Esto lo hacemos poco a poco, descubriendo sus caminos concretos, escuchando sus palabras (la misma palabra obediencia viene de *ob-audire*, escuchar). Para ello, se nos convida a descubrir y mirar las mediaciones más elocuentes de Dios en nuestra vida. Recordamos, por su importancia, estas dos:

-Primero: la vida, la historia, el momento en el que vivimos, donde, sin lugar a dudas, el Reino está presente.

“Y añadió, también, para la gente:

- Cuando veis subir una nube por el poniente decís en seguida: «Chaparrón tenemos», y así sucede. Cuando sopla el sur decís: «Va a hacer bochorno», y lo hace. Hipócritas: si sabéis inter-

pretar el aspecto de la tierra y del cielo ¿cómo es que no sabéis interpretar el momento presente?”.

(Lc. 12, 54-56)

- Segundo: la Palabra que ilumina y fecunda al pueblo de Dios. Hacernos vulnerables a ella es comenzar a entender lo profundo y valioso de la obediencia.

“La palabra de Dios es viva y enérgica, más tajante que una espada de dos filos, penetra hasta la unión del alma y el espíritu, de órganos y médula, juzga sentimientos y pensamientos. No hay criatura que escape a su mirada, todo está desnudo y vulnerable a sus ojos, y es a ella a quien habremos de dar cuenta”. (Hb. 3, 12-13)

- * Mira tu relación con la obediencia a lo largo de estos años. ¿Qué ideas tienes; que sentimientos provoca? ¿Hasta dónde llegas a someterte a la voluntad de otro? ¿Y de Dios? La vulnerabilidad de la que habla Hebreos es la del cordero a quien se le agarra del cuello para meterle el cuchillo (utiliza la imagen) ¿Tú eres vulnerable a la Palabra? ¿Cómo ves y disciernes tu vida?
- * Profesar obediencia es entregar la vida de forma radical y sin cálculo a Dios. ¿Su voluntad es tu delicia? ¿Cuáles son tus luces y sombras delante de este voto? ¿Lo ves dentro de lo institucional o de lo teológico? ¿Cuál es su fundamento?
- * Puedes orar la voluntad amorosa de Dios apoyado en el Sal. 118, 57-72 (todo él es magnífico) y en el Sal. 142.

TU VOLUNTAD NOS REÚNE Y ENVÍA

Para algunos la obediencia no es sólo el voto que puede englobar a los otros dos, sino que, además, es el más bíblico de todos ellos. Hay toda una búsqueda y ejecución de la voluntad de Dios, con sus luces y sombras, que atraviesa la experiencia del Pueblo recogida en la Biblia. Por eso, en ella, en la primera carta de Pedro, a los cristianos, como hombres de fe, se les llama “hijos obedientes”, literalmente “hijos de obediencia” (1 Pe. 1, 14). Una obediencia a la voluntad de Dios que se nos manifiesta en Jesús y el Reino. Nosotros no conocemos ni los caminos, ni las mediaciones para que ese proyecto vaya siendo más real entre nosotros y como Jesús y las primeras comunidades debemos discernir esa voluntad de Dios entre nosotros (Hech. 1, 21-26; 6, 1-6; 13, 1-3; 15, 1-2.28). Tampoco sabemos muy bien los costes personales, pero la voluntad de Dios siempre está bajo el signo de la cruz; porque el Reino se mueve siempre en la dinámica de la muerte para la vida sobreabundante (Mt. 16, 24ss.). Finalmente, y es lo que miramos en nuestra oración, la obediencia, como búsqueda de la voluntad de Dios, hace siempre referencia, de alguna forma, a la comunidad y a la misión.

- La obediencia pasa de alguna manera siempre por la comunidad y la misión. Porque ésta

nace de una palabra que nos reúne y congrega para hacer presente el evangelio de Jesús en este mundo. El grupo está comprometido en hacer actual y visible el evangelio de Jesús. La comunidad “compromete a Dios” a que se sirva de ella para hacer presente el Reino, haciéndose presente en medio de su pueblo. Le invita a servirse de este cuerpo para llevar adelante su proyecto en favor de su pueblo más humilde.

“Os lo digo otra vez: Si aquí en la tierra dos de vosotros se ponen de acuerdo, cualquier asunto por el que pidan les resultará, por obra de mi Padre del cielo; pues donde están dos o más reunidos apelando a mí, allí, en medio de ellos, estoy yo”. (Mt. 18, 19s.)

Vista así la comunidad se nos presenta como objetivo y criterio de obediencia. Cuando construimos comunidad, de algún modo vivimos la obediencia; cuando nos ponemos de acuerdo y vibramos al unísono en clima de oración, en el nombre del Señor, hacemos patente su voluntad en medio de este mundo. Y, en negativo, debemos decir que difícilmente vivirá la obediencia el que se desentiende del grupo, el que se desvincula y no “siente” ni participa en los proyectos que el grupo va trazando. La comunidad no sólo es objetivo, sino que además es lugar de discernimiento, mediación, condición y criterio para nuestra búsqueda de la voluntad de Dios. La comunidad con sus carismas y ministerios (entre los que está la autoridad) nos ayuda en el discernimiento. Privarse de esta mediación y

pretender vivir la voluntad de Dios en solitario y directamente es ingenuo e irreal.

- La obediencia, también, se hace por la misión. La misión tiene por objeto, criterio y condición la obediencia. Obedecer, hacer la voluntad de Dios que es el Reino, es lo que busca la misión. Lo que en definitiva buscamos tanto en la obediencia como en la misión es que se haga “tu voluntad en la tierra...”. Por otro lado la misión es condición para obedecer. Dios no nos llama para quedarnos con Él, sino que nos llama y al mismo tiempo nos envía. La palabra que nos convoca es al mismo tiempo una palabra que nos evangeliza y evangelizadora, que necesita ser proclamada. No basta escucharla, hay que ponerla en práctica.

“No basta decirme: «¡Señor, Señor!», para entrar en el Reino de Dios; no, hay que poner por obra el designio de mi Padre del cielo”.

(Mt. 7, 21)

Obediencia que, como la de Jesús, consiste en anunciar y practicar el Reino y esto no resulta fácil:

“Sufriendo aprendió a obedecer y, así, consumado, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen a él”. (Heb. 5, 8s.)

- Por otro lado la obediencia es un medio para actuar mejor en la misión, porque es percibida mejor desde el grupo. Esto supone abrirnos a intereses colectivos por encima de los personales (como madurez y libertad) y gozar de una cierta

y sana universalidad de intereses, que nos haga ver con generosidad más allá de nuestros ámbitos. Se traduce esto en una “sana sospecha” de los juicios e intereses personales, en disponibilidad e indiferencia, en generosidad y amplitud de miras. Una “internacionalidad” eclesial, peculiar siempre a la vida religiosa, en la evangelización de los pueblos. Haciéndolo siempre desde el desierto, la frontera, la periferia. En nosotros, Escuela Pía, estos lugares teológicos se concretan en el niño pobre. En él está la voluntad del Padre, nuestra delicia; él es nuestro criterio, la palabra que se nos ha entregado, no de una forma reductora (como si fuese la única que debemos anunciar obsesivamente), sino de forma direccional (como luz que ilumina nuestra total lectura del evangelio), capaz de aglutinar todos los aspectos de la vida. El niño pobre “provoca” nuestra “internacionalidad”, clamor por el Reino, que aviva nuestra “pasión por la misión”, nuestra fidelidad profética al evangelio.

“La voz del cielo que había escuchado antes se puso a hablarme de nuevo diciendo: -«Ve a coger el libro abierto de la mano del ángel que está de pie sobre el mar y la tierra». Me acerqué al ángel y le dije: -«Dame el librito»”. El me contestó:

-«Cógelo y cómetelo; te amargará las entrañas, aunque al paladar te sabrá dulce como miel». Cogí el librito de la mano del ángel y me lo comí; en la boca me sabía dulce como miel, pero cuando me lo tragué sentí una amargura en las entra-

ñas. Entonces me dijeron: -«Tienes que profetizar todavía contra muchos pueblos, naciones, lenguas y reinos»". (Ap. 10, 8-10)

- * Parte de tus experiencias de obediencia en comunidad y misión. ¿Cómo las has vivido? ¿Cómo te sientes enviado en el grupo? ¿Cómo disciernes, qué peso tiene el grupo? ¿Cómo vives la autoridad? ¿Te abres a una "internacionalidad"?
- * Ante la profesión, ora tus anhelos y debilidades, tu horizonte misionero y de profecía, la voluntad de Dios.
- * Puedes hacer una oración desde el Sal. 118, 1-16, o el cántico del Siervo de Is. 42, 1-4.

Recorre todo el libro una riquísima y amplia vena poética y bíblica: hermosura de la palabra humana, eco de la hermosura suprema de la Palabra divina. Es la belleza contemplada la que hace fijar la mirada, sin medida de tiempo ni de espacio, encendiendo así la llama del amor.

Los ejercicios espirituales de